

Selección

TERROR

JOSEPH BERNA

TERROR EN EL LAGO NEGRO


st
SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

393 — El final del miedo, *Clark Carrados*.
394 — En estado de muerte, *Lou Carrigan*.
395 — Satán deja su huella, *Clark Carrados*.
396 — ¡Devuélveme mi cabeza!, *Adam Surray*.
397 — Regresa a tu sepulcro, *Ralph Barby*.

JOSEPH BERNA

TERROR EN EL LAGO NEGRO

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 398
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 26.086 - 1980
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: octubre, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

El «Pontiac» azul se detuvo junto al lago.

—¿Esto es el Lago Negro, Francis...? —exclamó Sandy Bellows.

—Sí, hemos llegado —asintió Francis Dobkin, parando el motor.

—¡Me gusta, me gusta! —se puso a aplaudir la muchacha, entusiasmada.

Su acompañante rió.

—Por la mañana aún te gustará más, ya verás —aseguró—. Ahora es de noche y...

—¿Sueles venir mucho por aquí, Francis? —le interrumpió Sandy, mirándolo a los ojos.

—De vez en cuando.

—Y siempre te traes compañía femenina, ¿eh?

Francis le pasó el brazo por la cintura.

—¿Hay algo mejor que pasar un fin de semana junto a un tranquilo y hermoso lago, en compañía de una chica bonita?

—Tú sabrás. Yo nunca he pasado un fin de semana junto a un lago con una chica bonita.

—¿Y con un tipo simpático y agradable? —Francis atrajo a la muchacha hacia sí.

—Tampoco —respondió ella, sonriendo.

—A partir de ahora ya no podrás decir eso —sonrió a su vez él, y la besó en los labios.

Sandy colaboró en la caricia, larga y apasionada.

Contaba veintidós años de edad.

Era morena.

Atractiva.

Bien formada.

Francis tenía veintiséis años, el pelo rubio y crecido, un rostro alegre y un cuerpo largo y atlético.

Mientras besaba la cálida y apetecible boca de Sandy, deslizó su mano hacia el busto femenino y oprimió el seno derecho, no demasiado grande pero duro y erecto, percibiendo su tibieza a través de la liviana blusa.

Sandy le puso las manos en el pecho y empujó suavemente, obligándole a separar su boca de la de ella.

Francis retiró su mano del seno femenino y preguntó:

—¿No te gusta que...?

Sandy le sonrió encantadoramente.

—Claro que me gusta, tonto.

—¿Entonces...?

—Acabamos de llegar y tenemos que hacer muchas cosas. Montar la tienda de campaña, preparar la cena... Después tendremos tiempo de sobra para los besos y las caricias.

—Tienes razón, Sandy —estuvo de acuerdo Francis—. Salgamos del coche.

Descendieron los dos del «Pontiac», cuyas luces había apagado Francis Dobkin.

La noche era clara y luminosa, podían moverse perfectamente sin tener que recurrir a la lámpara de gas que llevaba Francis en el maletero del coche, junto con la tienda de campaña, la cesta de la comida y algunas cosas más.

Francis y Sandy lo descargaron todo y procedieron a montar la tienda.

Sandy se empleaba con la mejor voluntad, pero jamás había montado una tienda de campaña y, más que ayudar a Francis, entorpecía su labor, por lo que éste sugirió:

—¿No te apetece darte un baño, Sandy?

—¡Ya lo creo!

—Hazlo pues.

—Cuando hayamos montado la tienda.

—Yo me ocupo de la tienda, no te preocupes.

—No te sirvo de mucho, ¿eh? —adivinó la muchacha.

—Bueno, la verdad es que... —carraspeó Francis.

Sandy rió.

—No me molesta que me lo digas, Francis. Reconozco que soy una nulidad montando tiendas, porque no tengo ninguna experiencia. Me daré ese baño.

—Me reuniré contigo lo antes posible —prometió Francis—. También a mí me apetece un bañito antes de la cena.

—¡Estupendo! —exclamó Sandy, que ya se estaba desabotonando la blusa.

Se despojó de ella y quedó con el pequeño sujetador de un bikini negro.

—Venías preparada para zambullirte en el lago, ¿eh? —dijo Francis.

—¡Claro! ¿Tú no?

—También.

Sandy se descalzó y se sacó los ceñidos tejanos color hueso.

El pantaloncito del bikini era muy breve y apenas cubría lo que tenía la obligación de cubrir.

Francis la contempló con admiración.

—Estás que quitas el hipo, Sandy.

—Agradezco el piropo, Francis, pero será mejor que dejes de mirarme a mí y te concentres en tu trabajo, no vaya a ser que montes la tienda al revés —repuso la joven, riendo.

Francis rió también y reanudó su tarea.

Sandy se pegó una carrerita y se metió en el lago, cuyas aguas brillaban al proyectarse sobre ellas la luz de la luna.

Nadó unos metros y se volvió hacia la orilla.

—¡El agua está deliciosa, Francis! —exclamó, agitando un brazo.

—¡Tú también! —le respondió él.

—¡Gracias! —rió Sandy, y se adentró en el lago unos cuantos metros más.

Se detuvo y se sostuvo en posición vertical, moviendo suavemente los brazos y las piernas, mientras contemplaba el lago.

Era grande y se hallaba totalmente rodeado de árboles.

De pronto Sandy Bellows dio un respingo.

Algo había tocado su pie derecho.

La joven agitó las piernas, ligeramente asustada

El contacto se repitió, ahora en el otro pie, el izquierdo.

Sandy volvió a respingar y su temor se acentuó.

¿Qué era lo que tocaba sus pies?

¿Una planta...?

¿Un pez...?

Sandy no se quedó para averiguarlo, se hallaba demasiado asustada, así que braceó vigorosamente hacia la orilla.

Un tercer contacto, éste en el muslo derecho, la hizo dar un chillido.

—¡Francis...!

Francis Dobkin se irguió, alarmado.

—¿Qué ocurre, Sandy?

—¡Algo o alguien me persigue!

—¿Qué...?

—¡Me está tocando!

Francis corrió hacia la orilla.

Sandy la alcanzó también y salió a toda prisa del lago.

Se abrazó a Francis, mojándole la camisa y los pantalones.

—¡Pero Sandy, me estás poniendo hecho una sopa! —protestó él.

Eso ya lo sabía la muchacha, pero no le soltó.

—¡Qué miedo he pasado, Francis!

—Vamos, Sandy, tranquilízate.

—¡Me tocó los pies y los muslos!

—¿Quién te tocó los pies y los muslos?

—¡No lo sé!

—Alguna planta acuática.

—¡Las plantas acuáticas no persiguen a las personas, Francis!

—Entonces, sería una trucha.

—¿Las hay en este lago, Francis?

—¡En abundancia! Y son enormes, te lo aseguro.

—No sé...

—Seguro que fue una trucha, Sandy —sonrió Francis, estrechando cariñosamente el tembloroso cuerpo de la muchacha.

Ella se mordió los labios.

—Siento haberte mojado la camisa y el pantalón, Francis.

—No tiene importancia —repuso él, y la besó con suavidad.

—Será mejor que te los quites —aconsejó Sandy.

—Sí.

Francis Dobkin se despojó de la camisa y del pantalón, quedando en

bañador.

Sandy Bellows, mientras tanto, había sacado una toalla de su bolsa de deporte y se estaba secando el cuerpo con ella,

—¿No piensas bañarte de nuevo, Sandy? —preguntó Francis.

—No.

—¿Sigues asustada?

—Sí, no voy a negarlo.

Francis sonrió.

—Qué chiquilla eres. Mira que tenerle miedo a una trucha...

—Yo no estoy tan segura de que fuera una trucha —rezongó la joven.

—Sandy, yo me he bañado muchas veces en este lago y también se han bañado las chicas que he traído conmigo. Nunca ha ocurrido nada extraño, créeme.

Sandy Bellows no respondió.

Francis Dobkin, en vez de insistir, caminó hacia el lago y se metió en él.

Sandy no pudo evitar un estremecimiento.

—¡Francis!

—¿Sí, Sandy...?

—¡Vuelve, Francis!

—¿Por qué?

—¡Temo por ti!

Francis rió mientras se adentraba en el lago.

—¡Te demostraré que no existe peligro alguno, Sandy!

—¡Vuelve, te lo suplico!

Francis no hizo caso y siguió braceando.

Repentinamente, Sandy vio que se sumergía de forma brusca, como si alguien lo hubiese agarrado de los pies y tirado hacia abajo.

La muchacha tuvo un fallo cardíaco.

—¡Francis...! —chilló, terriblemente angustiada.

CAPITULO II

El «Dodge» marrón rodaba por la carretera a buena velocidad.

Bert Rialson, el tipo que lo conducía, tenía prisa por llegar a Portland.

En esta importante ciudad del estado de Oregon vivía él.

También vivía allí Vanessa Heflin, su novia, una preciosa muchacha de cabellos rubios y dulce sonrisa.

Dulce sonrisa, que lógicamente, perdía cuando se enfadaba.

Bert quería evitar a toda costa que Vanessa se enfadase aquella noche, pero mucho se temía que no iba a conseguirlo.

Llegaría con retraso a su cita con ella.

Con mucho retraso.

Bert Rialson era periodista del Portland Express y, por razones de trabajo, había tenido que trasladarse a Pendicton, en donde permaneció más tiempo del esperado.

Esa era la causa del retraso, no otra.

Pero, ¿lo comprendería Vanessa?

Bert se temía que no, pues no iba a ser la primera vez que llegaba tarde a una cita con su novia, y sospechaba que ella le recibiría con cara de vinagre.

Por esa razón, aceleró aún más la marcha.

Peligrosamente.

El tráfico era nulo, pero como surgiese un coche de pronto...

¡Y surgió!

¡Por un camino de la derecha!

¡A toda velocidad!

Bert Rialson desvió su «Dodge» en un alarde de reflejos y logró evitar la colisión con el otro coche, un «Pontiac» azul, conducido por una muchacha morena.

Lo que no pudo evitar el periodista, fue que su automóvil se saliese de la carretera.

Milagrosamente, Bert Rialson consiguió esquivar todos los árboles y detener su coche entre ellos.

El periodista soltó todo el aire que retenía en sus pulmones y se derrumbó materialmente sobre el volante, consciente de que acababa de librarse de la muerte por un pelo.

El «Pontiac» azul se había detenido en la carretera.

La chica que iba al volante hizo sonar el claxon con insistencia.

Bert Rialson irguió el torso y volvió la cabeza.

—Tú también has vuelto a nacer, hermana —rezongó.

Puso el «Dodge» en marcha y lo devolvió a la carretera.

La conductora del «Pontiac» saltó al suelo, luciendo un atrevidísimo bikini negro.

Al periodista se le abrió la boca.

«¡Cómo está la morena!», exclamó mentalmente, contemplando de pies a cabeza el espléndido cuerpo de la chica.

Ella se le acercó con rapidez y se asomó por la abierta ventanilla.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó nerviosamente.

—No tan bien como tú, preciosa, pero voy tirando —respondió Bert con una sonrisa.

—Me llamo Sandy; Sandy Bellows.

—Es un placer conocerte, Sandy. Yo me llamo Bert; Bert Rialson.

—¿Quiere usted venir conmigo, Bert?

—Si no tuviera novia, con los ojos cerrados.

—No le estoy haciendo una proposición, le estoy pidiendo ayuda.

—¿Ayuda...?,

—¿Ha oído hablar del Lago Negro, Bert?

—Claro. Está cerca de aquí.

—Sí, yo vengo de allí.

—¿Te han birlado la ropa mientras te bañabas, Sandy?

—No, sigue junto al lago.

—Como vas en bikini...

—Me encontraba tan aterrada que me olvidé por completo de vestirme.

—¿Aterrada...?

—Yo estaba con un amigo, llamado Francis.

—Y el tal Francis intentó abusar de ti, ¿eh?

Sandy Bellows movió la cabeza negativamente.

—No acierta usted una, Bert.

—Estoy muy torpe esta noche, lo reconozco.

—Francis se estaba bañando en el Lago Negro.

—¿Y...?

—Se hundió de pronto y ya no volvió a emerger.

Bert Rialson respingó.

—¿Que se hundió...?

—Sí.

—¿Sabía nadar?

—Como un pez.

—¿Dónde estabas tú cuando eso sucedió, Sandy?

—En la orilla, secándome con una toalla.

—¿No te habrá gastado Francis una broma, Sandy?

La joven sacudió nuevamente la cabeza.

—No, Bert. Francis se hundió porque algo o alguien tiraron de él.

El periodista arrugó la cara.

—¿Que algo o alguien tiró de él...?

—Sí, Bert.

—¿Qué te hace sospechar que...?

Sandy le contó lo que minutos antes le ocurriera a ella. Bert quedó pensativo.

La muchacha insistió:

—¿Me ayudará usted a encontrar a Francis, Bert?

—Sí, Sandy, te ayudaré —respondió el periodista—. Mi novia me va a tirar del pelo cuando llegue a Portland, pero no puedo dejarte sola en estas circunstancias.

Sandy Bellows sonrió suavemente.

—Se lo agradezco mucho, Bert.

—Tutéame o no te acompaño.

—Lo que tú digas, Bert.

—Así está mejor —sonrió el periodista.

* * *

Sandy Bellows detuvo el «Pontiac» azul de Francis Dobkin junto al Lago Negro, muy cerca de la tienda de campaña y el resto de las cosas.

Bert Rialson paró su «Dodge» marrón detrás del «Pontiac», del cual ya estaba saliendo Sandy.

El periodista salió también de su coche y se reunió con la muchacha.

—Aquí fue, Bert —dijo ella, apuntando con su brazo hacia el lago, cuyas aguas seguían tranquilas y brillantes.

—Acerquémonos a la orilla —indicó él tomándola por el codo.

Sandy se dejó llevar, aunque le aterraba aproximarse al lago.

Se detuvieron en la misma orilla.

Bert observó atentamente las serenas aguas y los árboles que rodeaban el lago.

—Sandy... —murmuró.

—¿Qué?

—¿Cuánto tiempo pasó desde que Francis se sumergió bruscamente hasta que tú subiste al coche y abandonaste el lago?

—Unos cinco minutos, calculo. Tal vez más.

—Es mucho.

—Sí; no se puede permanecer tanto tiempo bajo el agua. Francis debió morir ahogado.

—Si fuera de día, me sumergiría y buscaría su cuerpo. De noche es imposible. No vería absolutamente nada.

—Pobre Francis... —sollozó la joven.

Bert le pasó el brazo por los hombros.

—No llores, Sandy. No es seguro que tu amigo haya muerto ahogado.

—Yo sí estoy segura, Bert. Le vi hundirse de forma repentina, y ya no salió a la superficie.

—Habrá que informar a la policía.

—Sí.

—Vístete, Sandy.

La muchacha obedeció, en silencio.

Después, en el «Dodge» del periodista, abandonaron el Lago Negro y se dirigieron a Portland.

CAPITULO III

El teniente Magnusson, viejo conocido de Bert Rialson, había escuchado con mucha atención el relato de Sandy Bellows.

—¿Qué opina usted, teniente? —preguntó el periodista del Portland Express, cuando la muchacha dejó de hablar.

Jeff Magnusson, un hombre alto y fornido, que muy pronto cumpliría los cuarenta años de edad, se acarició el firme mentón.

—Es un caso muy extraño, Bert. En el Lago Negro jamás había sucedido nada.

—Pues esta noche sucedió, teniente —dijo Sandy.

—Insiste usted en que había alguien en el lago, ¿eh?

—Alguien... o algo. Ya le he contado que a mí me tocó los pies y los muslos.

—¿Qué sintió en esos momentos, aparte del lógico temor?

—Una sensación muy extraña, teniente. Fueron uno contactos fríos, ásperos, viscosos...

—¿Descartaría usted la posibilidad de que se tratase de una mano humana, Sandy?

—No sé qué decirle, teniente. Estaba tan asustada que...

—Me hago cargo —sonrió levemente Magnusson.

—¿Qué piensa hacer, teniente? —preguntó Bert Rialson.

—Por de pronto, enviaré un par de hombres al Lago Negro. Vigilarán el lago y sus alrededores toda la noche. Por la mañana, dragaremos el lago. Si el cuerpo de Francis Dobkin está allí, lo sacaremos.

—No puede estar en otro sitio, teniente —repuso Sandy Bellows.

—Entonces, lo encontraremos, no se preocupe.

Bert se puso en pie y Sandy le imitó.

El teniente Magnusson también se levantó.

Bert le tendió la mano.

—Nos veremos mañana, teniente.

—¿Presenciarás el dragado del Lago Negro, Bert? —preguntó Jeff Magnusson, mientras estrechaba la diestra del periodista.

—Naturalmente —respondió Rialson—. Al Portland Express le interesará la historia.

—Yo también quisiera estar presente, Bert —dijo Sandy Bellows.

—Te llevaré conmigo —prometió el periodista.

—Gracias.

Bert la cogió de la mano.

—Vámonos, Sandy. Mi novia debe de estar maldiciéndome desde hace un par de horas, por lo menos —rezongó, tirando ya de la muchacha.

* * *

Pese a la prisa que tenía, Bert Rialson acompañó a Sandy Bellows.

La muchacha quería tomar un taxi, pero el periodista no lo permitió y la llevó en su coche a su apartamento.

—Pasaré temprano a recogerte, Sandy.

—Dime a qué hora quieres que esté lista y lo estaré, Bert.

—Vendré a por ti a eso de las siete. El Lago Negro está lejos y quiero encontrarme allí cuando empiecen a dragarlo.

—De acuerdo. Buenas noches, Bert.

—Buenas noches, Sandy.

—¿Se enfadará tu novia si te doy un beso?

—No, porque yo no se lo diré.

Sandy besó los labios del periodista.

—Gracias por todo, Bert.

—A ti, por el beso.

—De algún modo tenía que compensarte por las molestias causadas.

—Me encantó ayudarte, Sandy.

—Hasta mañana, Bert —sonrió la joven y saltó del coche. El periodista lo puso en marcha en seguida y pisó el acelerador.

* * *

Quince minutos después, Bert Rialson hacía sonar el timbre del apartamento de Vanessa Heflin.

La puerta se abrió, pero sólo lo que permitía la cadena de seguridad; unos diez centímetros, apenas.

Por ese hueco, Vanessa miró a su novio.

Y cómo lo miró...

Se diría que quería electrocutarlo.

Bert emitió un nervioso carraspeo.

—Vanessa...

—¡No pronuncies mi nombre!

—Te explicaré lo que ha pasado, cariño.

—¡No me llames cariño!

—Vanessa, por favor.

—¡Calla!

—Si me callo, no podré contarte lo que me ha ocurrido.

—¡No quiero saberlo!

—Vanessa...

—¡Estoy harta, Bert! ¡Prometiste llevarme a cenar y casi te presentas a la hora del desayuno! ¡Es demasiado!

—Cuando regresaba de Pendicton, me tropecé con una joven que necesitaba ayuda.

—¡Oh! Conque ésa es la causa de tu retraso, ¿eh? ¡Una chica! —gritó Vanessa, sintiendo que su cólera crecía.

—No pienses mal, cariño. Esa joven había ido al Lago Negro con un amigo a pasar el fin de semana.

—Y tú le gustaste más, ¿no?

—Parece ser que el tipo se ahogó en el lago, Vanessa.

—¿Cómo? —respingó ella.

—Sandy, que así se llama la chica, vio cómo Francis, su amigo, se hundía de pronto, como si alguien tirase de sus pies. Y Francis ya no volvió a la superficie...

La cólera de Vanessa Heflin desapareció en el acto, hondamente impresionada la joven por las palabras de su novio.

—¡Qué espanto, Bert! —musitó.

—Sandy me suplicó que la acompañara al Lago Negro y no pude negarme, Vanessa.

—¿Encontrasteis a su amigo?

—No.

—Terrible.

—Acompañé a la chica a la policía y hablamos con el teniente Magnusson. Mañana dragarán el Lago Negro.

—¿Vas a ir, Bert?

—Sí.

Vanessa Heflin desenganchó la cadena de seguridad y acabó de abrir la puerta.

—Pasa, Bert.

—¿Me has perdonado ya? —sonrió el periodista, sin moverse.

—No quería, pero no tengo más remedio que hacerlo. Bert dio un paso y abarcó la delgada cintura de su novia.

—Te quiero, Vanessa.

—Y yo a ti, Bert.

Se besaron en los labios.

Bert abrazó a su novia con calor.

Vanessa ya hacía rato que se había desvestido e iba en bata, por lo que el periodista percibía la firmeza de sus formas.

Bert sintió la tentación de realizar una incursión con su mano por el escote de la bata.

Y lo intentó, pero Vanessa le sujetó la mano y dijo:

—Frena, Bert.

El periodista la miró con extrañeza.

—Creí que me habías perdonado, Vanessa.

—Así es, Bert.

—¿Por qué, entonces...?

—La puerta sigue abierta, podría vernos alguien.

Bert se apresuró a cerrarla con el pie, sin soltar a su novia.

—Ya no puede vernos nadie —dijo.

Vanessa le soltó la mano y permitió que le acariciara tiernamente los senos,

jóvenes y altivos.

—No habrás cenado, ¿verdad, Bert?

—Claro que no.

—Tendrás hambre, pues.

—Mucha.

—Te prepararé algo.

—Después.

—¿Después de qué?

—De que nos hayamos amado.

—Bert...

El periodista la besó en ambos pómulos, mientras preguntaba quedamente:

—¿No te apetece hacer el amor, nena?

—Sí, pero antes me gustaría hablar de algo, Bert.

—¿De qué, cariño?

—De tus años y de los míos.

El periodista no supo disimular su sorpresa.

—¿De mis años y de los tuyos...?

—Sí. Tú tienes veintinueve, Bert. Yo voy a cumplir los veinticuatro. ¿No te parece que ya es hora de que vayamos pensando en el matrimonio?

Bert Rialson tosió.

—El matrimonio es algo muy serio, Vanessa.

—¿He dicho yo que sea un chiste?

—Lo que quiero decir es que...

—Sé lo que quieres decir, Bert. Y no me gusta. No me gusta nada.

—No te enfades, cariño.

—Sí, sí que me enfado, Bert. Hace tiempo que mantenemos relaciones, nos queremos, nos comprendemos... ¿Por qué no quieres que nos casemos?

—Yo no he dicho que no quiera casarme contigo, Vanessa.

—Pero pareces darlo a entender.

Bert la besó en los labios y sugirió:

—¿Por qué no lo discutimos en la cama, cariño?

—Tendrá que ser por teléfono.

—¿Qué?

—Que tendremos que discutirlo por teléfono, porque tú te hallarás en tu cama y yo en la mía.

El periodista frunció el ceño.

—¿Qué broma es ésa, nena?

—De broma, nada Bert. Estoy hablando muy en serio. Mientras no pongamos en claro nuestro futuro, mi cama no volverá a ser tu cama.

—¡Vanessa!

—Lo que oyes, Bert. Si sólo te interesa eso de mí, no quiero dártelo.

—¿Cómo puedes decir semejante tontería? ¿Acaso no te he demostrado sobradamente que te quiero?

—Eso pensaba yo.

—¡Y es cierto!

—Tengo mis dudéis, Bert. Tú has hecho que las tenga, al esquivar el tema del matrimonio.

—¡No lo he esquivado! ¡Sólo he dicho que me gustaría discutirlo en la cama!

—¿Antes o después de hacer el amor?

—¿No da lo mismo?

—No, no da lo mismo, Bert. Si quieres que lo discutamos antes, tómame en brazos y llévame a la cama. Si quieres discutirlo después, abre la puerta y lárgate.

El moreno rostro del periodista se congestionó.

—¿Me echas de tu apartamento, Vanessa...?

—Sí, Bert. Aunque también te doy la oportunidad de quedarte. Tú dirás lo que prefieres.

—¡Cuernos, eso es lo que yo digo!

—¿Y qué significa, que te vas o que te quedas?

—¡No lo sé, maldita sea!

Vanessa se separó de él y abrió la puerta.

—Adiós, Bert. Cuando te hayas decidido, vuelve y dame tu respuesta.

—Pero, Vanessa...

—He dicho adiós, Bert —recordó ella, inflexible.

—¡Muy bien, pues yo también digo adiós! —rugió el periodista, y salió del apartamento de su novia, perdiéndose rápidamente escaleras abajo.

CAPITULO IV

El «Chevrolet» negro frenó detrás del «Pontiac» azul del desaparecido Francis Dobkin.

Howard Lawson y Gordon Tully, los dos detectives enviados al Lago Negro por el teniente Magnusson, descendieron del vehículo y avanzaron unos pasos, las chaquetas abiertas, exhibiendo sus respectivos revólveres de calibre 38, debidamente enfundados a la altura del cinturón.

Howard era más alto que Gordon, pero éste era más ancho de hombros. El primero contaba veintisiete años de edad y el segundo treinta.

Tras echar una ojeada a la tienda de campaña y a las otras cosas, se aproximaron a la orilla y contemplaron el lago.

—Esto está más tranquilo que un cementerio —dijo el policía alto.

—Por si las moscas, no debemos confiarnos —repuso el otro—. Ya sabes lo que les pasó al tipo y a la chica.

—Yo tengo mi propia teoría al respecto, Gordon.

—¿De veras?

—Lo que tocó los pies y los muslos de la muchacha fue algún pez juguetón. En cuanto al tipo, debió sentir un repentino ataque al corazón o algo así. Por eso se hundió.

—La chica dijo que su amigo se sumergió bruscamente, como si alguien lo hubiera agarrado por los pies y tirado de él.

—Porque estaba asustada, Gordon. Recuerda que salió del lago aterrorizada por los toqueteos del pez juguetón.

—No sé, Howard, no sé. El tipo era joven, sano, fuerte... Lo del ataque al corazón es bastante improbable.

—Yo dije ataque al corazón..., o algo así. Quizá fue el cerebro. A lo mejor tenía un tumor, y él no lo sabía. Le dio un mareo y...

—No te calientes la cabeza, Howard. Cuando mañana draguen el lago y aparezca el cadáver, el forense le practicará la autopsia y nos sacará de dudas.

—Tienes razón, Gordon. Nuestra misión es vigilar el lago. Y como para eso basta con un par de ojos, nos turnaremos. ¿Quieres hacer tú la primera guardia?

—Howard, el teniente Magnusson nos ordenó que vigiláramos los dos.

—¡Bah!, no es necesario, Gordon. Aquí no va a pasar nada, ya lo verás. Vigila tú y yo dormiré un par de horas. Luego dormirás tú y yo vigilaré. De ese modo, no se nos hará tan larga la noche. Ni tan pesada.

—Está bien, Howard —accedió Gordon.

Como la tienda de campaña estaba prácticamente montada, Howard Lawson se metió en ella y se tumbó allí, colocándose la chaqueta bajo la cabeza, a modo de almohada.

Gordon Tully siguió vigilando el tranquilo lago.

Los minutos transcurrían lentamente.

Aburridamente.

Al policía empezaron a pesarle las piernas.

Como lo mismo podía vigilar de pie que sentado, se dejó caer sobre la hierba y se recostó ligeramente.

Se encontró muy cómodo así.

Tan cómodo, que lo que empezaron a pesarle ahora fueron los párpados.

Sí.

Le estaba entrando sueño.

Gordon se removió, al tiempo que sacudía la cabeza, para ver si se despejaba.

Lo consiguió, pero sólo le duró dos o tres minutos.

La quietud y el silencio del lugar eran como una especie de sedante, y el sueño acabó venciendo la resistencia del policía, quien se durmió maldiciendo a su compañero, porque, de haber vigilado los dos juntos, conversando de mil temas distintos, ambos hubieran aguantado perfectamente toda la noche de guardia.

Ahora, los dos dormían.

El Lago Negro estaba sin vigilancia.

Los policías, en cambio, sí estaban vigilados.

Lo habían estado desde el primer momento.

Un par de ojos habían seguido todos sus movimientos.

Un par de ojos redondos.

Enormes.

Capacitados para ver perfectamente a través de las aguas del lago, aunque fuese de noche.

Un par de ojos que veían sin ser vistos.

Al comprobar que los dos hombres dormían tranquilamente, el uno tendido sobre la hierba, muy cerca de la orilla del lago, y el otro en la tienda de campaña, la cabeza a la que pertenecían ese par de grandes ojos emergió.

Gordon Tully hubiera lanzado un grito de terror, caso de hallarse despierto, porque la cabeza era realmente monstruosa.

Resultaba difícil saber si pertenecía a un hombre o a un pez.

Por su tamaño, mucho más grande que la de un ser humano, e incluso por su forma, se diría que pertenecía a un gigantesco pez.

Ojos...

Boca...

Dientes...

Todo eso parecía de pez.

Pero es que también tenía nariz, grande y aplastada, y un par de orejas, relativamente pequeñas para el tamaño de su cabeza y muy puntiagudas.

Después estaba el cuello, que parecía asentarse sobre unos hombros poderosos.

La horripilante cabeza se deslizó silenciosamente hacia la orilla y poco a poco fue emergiendo el resto de su cuerpo, tan monstruoso como su cabeza.

Sí, porque estaba cubierto de escamas, plateadas y brillantes, como si realmente se tratase de un gigantesco pez.

Pero tenía brazos y piernas, si bien muy cortos para la longitud de su cuerpo, que sobrepasaba largamente los dos metros.

Los dedos de las manos y los pies permanecían unidos entre sí por medio de unas membranas, delgadas y flexibles, mientras que las uñas eran largas y afiladas.

Auténticas garras.

De un solo zarpazo podría destrozar el pecho de un hombre.

El monstruoso ser, en la espalda, tenía una serie de pequeñas aletas que bajaban desde su nuca hasta el final de la misma, donde nacía una corta cola de pez.

La escalofriante criatura ya estaba fuera del lago.

Erguida sobre la hierba.

A dos metros escasos de Gordon Tully, quien seguía durmiendo, ignorante por completo del grave peligro que se cernía sobre él.

El alucinante ser dio un paso con sus cortas piernas de batracio y quedó aún más cerca del policía, proyectando la sombra de su horrendo cuerpo sobre él.

Sin duda fue eso lo que despertó al detective.

O ese sexto sentido que a veces advierte al ser humano del peligro que corre.

En cualquier caso, Gordon Tully abrió los ojos y descubrió al terrorífico ser, medio hombre y medio pez.

La sangre se le heló en las venas.

—No... No puede ser... Debo de estar soñando... —musitó, sin poder dar crédito a sus ojos.

El monstruo del Lago Negro dio otro paso.

—¡Howard...! —chilló Gordon, al tiempo que movía la mano en busca de su revólver.

No llegó a extraerlo de la funda porque el espeluznante ser cayó sobre él y le destrozó literalmente con sus poderosas garras y sus terroríficos dientes, con los que seccionó su yugular a las primeras de cambio.

El monstruo, por lo visto, tenía prisa por acabar con su víctima, para atacar inmediatamente a la otra, la que dormía en la tienda de campaña.

Hacia ella fue, dando unos saltos increíbles.

Howard Lawson salió de la tienda, revólver en mano, pero tampoco él pudo efectuar un solo disparo.

El monstruo del Lago Negro, de un brutal zarpazo, le desgarró el brazo de arriba abajo, haciendo brotar la sangre a borbotones.

El policía aulló de dolor,

Pero fue un aullido corto, porque el monstruo, de un segundo zarpazo, le abrió la garganta, destrozando sus cuerdas vocales.

Howard Lawson se desplomó en el acto.

Segundos después, era cadáver.

Gordon Tully también lo era.

El ataque del monstruo del Lago Negro, en ambos casos, había sido fulminante.

CAPITULO V

Bert Rialson detuvo su «Dodge» frente al edificio de apartamentos en donde vivía Sandy Bellows.

Eran las siete y cinco minutos de la mañana.

El periodista del Portland Express no tuvo necesidad de subir al apartamento de la muchacha, pues ella le estaba esperando en el portal.

Sandy caminó hacia el «Dodge» sonriente.

Vestía una blusa lila y una falda blanca con franjas verdes, abierta por delante. Al hombro, un bolso de piel.

Bert estiró el brazo y abrió la puerta del coche.

—Buenos días, Bert.

—Hola, Sandy.

La muchacha esperó a que el periodista pusiera el coche en marcha y entonces observó:

—Pareces disgustado, Bert.

—Lo estoy.

—¿Problemas con tu novia?

—Sí.

—Cuánto lo siento. Te retrasaste por ayudarme a mí y...

—No fue ése el motivo de la discusión, Sandy.

—¿Ah, no?

—Bueno, Vanessa me recibió de uñas por llegar a las tantas, pero me perdonó cuando le conté lo que había pasado.

—¿Por qué fue la discusión, pues? Oh, perdona, Bert. Lo he preguntado sin pensar. ¿Qué derecho tengo yo a...? La curiosidad es uno de mis mayores defectos. Me esfuerzo por corregirme, pero...

El periodista sonrió.

—No me importa hablarte de ello, Sandy.

—¿De verdad que no?

—Vanessa quiere casarse.

—¿Con otro?

—Conmigo.

—Oh, sí, claro. Qué pregunta más tonta he hecho.

—Anoche me planteó la papeleta. O nos casamos..., o se acabaron nuestras relaciones. Como no le di una respuesta, me echó de su casa.

—¿Que te echó...?

—Sí; ella misma me abrió la puerta.

—¿Tú... tú la quieres, Bert?

—¡Claro!

—¿Y por qué no quieres casarte con ella?

—No es que no quiera, Sandy. Es sólo que...

—¿Qué, Bert?

—No sé explicarlo, diablos. Yo me siento muy feliz así como estamos ahora, y creía que

Vanessa también lo era. Nos vemos a menudo, salimos a cenar, vamos a bailar, hacemos el amor siempre que nos apetece... ¿Por qué ese repentino empeño en casarse? No lo entiendo, Sandy. De veras que no lo entiendo.

Sandy Bellows sonrió con suavidad.

—Yo sí lo entiendo, Bert.

—¿Ah, sí?

—Vanessa está muy enamorada de ti y teme perderte.

—¿Perderme...?

—Eres un tipo alto, fuerte y atractivo, Bert. La clase de hombre que gusta a las mujeres. Vanessa teme, y con razón, que puedas conocer a otra chica que te guste más que ella y que la dejes.

—¿Dejar yo a Vanessa por otra mujer...? ¡Imposible! —exclamó el periodista, sacudiendo la cabeza.

—¿Tan hermosa es?

—Sí; Vanessa es una chica preciosa. Pero no digo que no la dejaría porque sea hermosa, sino porque la quiero como jamás he querido a nadie. Es la mujer de mi vida, no tengo la menor duda al respecto.

—Entonces, cásate con ella.

—Y dale. ¿Es que un hombre y una mujer no pueden vivir felices si no están casados?

—Un cierto tiempo, sí. Luego, ya no. Si el hombre no habla de matrimonio, la mujer empieza a tener dudas. Piensa que él no la quiere lo suficiente, que teme cansarse de ella...

—Vanessa sabe que yo nunca me cansaría de ella. Eso suele suceder cuando sólo existe atracción física, deseo... Cuando existe amor, es imposible.

—Insisto en que Vanessa tiene sus dudas, Bert. Y quiere aclararlas cuanto antes. Por eso, anoche, te planteó la papeleta. Sí es verdad que la amas tanto como dices, te casarás con ella; si no, la dejarás.

—¡Lo segundo, nunca!

—¿Y lo primero...?

Bert Rialson soltó un gruñido.

—Ya veremos. Tengo que pensarlo con calma. No me gusta que me casen a la fuerza, ¿sabes? Y eso es lo que pretende Vanessa.

—Quiere estar segura de tu amor, Bert.

—Es una chantajista —masculló el periodista.

Sandy Bellows rió.

—Es una mujer enamorada, sólo eso. Si yo lo estuviera de ti, actuaría como ella.

—Te pones de su parte, ¿eh?

—Decididamente.

—Claro, como eres mujer...

Sandy volvió a reír.

—No te enfades conmigo, Bert.
—¿Lo estabas tú de Francis, Sandy?
—¿Cómo?
—Que si estabas tú enamorada de Francis.
La joven se entristeció al recordar al desaparecido Francis Dobkin.
—No, no estaba enamorada de él. Hacía poco que nos conocíamos. Me gustaba, eso sí. Era muy simpático y agradable. Sabía tratar a las mujeres, por eso tenía tanto éxito con ellas. Cuando me propuso pasar el fin de semana con él, en el Lago Negro, acepté encantada. Estaba segura de que lo íbamos a pasar muy bien. Desgraciadamente, no nos dio tiempo a nada. El se hundió en el lago y... —se interrumpió, con los ojos casi en llanto.
—Hoy sabremos lo que le pasó.
—Así lo espero.
El «Dodge» de Bert Rialson, que ya hacía algunos minutos que había salido de Portland, siguió rodando por la carretera en dirección al Lago Negro.

* * *

Sandy Bellows lanzó un chillido de horror al descubrir los cuerpos ensangrentados de los dos policías que el teniente Magnusson enviara la noche anterior al Lago Negro.
Bert Rialson también los había descubierto ya, y se hallaba tan horrorizado como la muchacha.
—Dios mío... —pronunció, con voz estrangulada, al tiempo que detenía su «Dodge» junto al «Chevrolet» de los detectives y el «Pontiac» de Francis Dobkin.
No había más vehículos allí.
El teniente Magnusson y los hombres que iban a dragar el lago no habían llegado todavía.
Bert Rialson abrió 1a puerta del coche, con intención de salir de él, pero Sandy Bellows le agarró del brazo y gritó:
—¡No salgas, Bert!
—Tengo que salir, Sandy.
—¡Puede ser peligroso!
—No temas, no sucederá nada.
—¡Bert...!
El periodista, que se había soltado de la aterrorizada muchacha, salió del coche y se aproximó al cadáver de Howard Lawson, el más cercano a él.
Se le encogió el estómago al ver la destrozada garganta del policía, así como su brazo diestro, igualmente desgarrado.
Después, se acercó a Gordon Tully, cuyo cuerpo aún ofrecía mayores destrozos.
Bert Rialson miró hacia el lago, pero no vio nada.
Bajo las tranquilas aguas, alguien le miraba a su vez.

El monstruo del Lago Negro.

CAPITULO VI

Sandy Bellows tenía miedo de salir del coche, pero tampoco se sentía segura en él, sola y a bastantes metros de Bert Rialson, así que descendió del vehículo y corrió hacia el periodista del Portland Express, al cual se abrazó, toda temblorosa.

—Siento un pánico terrible, Bert. Vámonos de aquí, te lo suplico.

Bert la rodeó con sus brazos.

—No, Sandy. El teniente Magnusson y sus hombres no tardarán en llegar. Debemos esperarles.

—¿Te has fijado en los cadáveres de los policías, Bert? Se diría que fueron atacados por una enorme fiera. Están horriblemente destrozados...

—Sí, es verdad. Parece que les dio muerte una poderosa bestia.

—Una bestia acuática...

—¿Por qué dices eso, Sandy?

—¿Olvidas que Francis nadaba en el lago cuando fue atacado, Bert? El debió sufrir la misma horrible muerte que los policías, sólo que bajo el agua. Más tarde, esa bestia anfibia salió del lago y atacó a los detectives, segando sus vidas de manera brutal.

El periodista se estremeció.

—Es posible que tengas razón, Sandy. Lo que no entiendo es por qué esa cosa no te atacó a ti. Tocó tus pies, tus muslos... Estaba debajo de ti, pudo haberte destrozado fácilmente.

Ahora fue la muchacha quien se estremeció.

—No me lo recuerdes, Bert. Sólo de pensar que esa cosa, como tú lo llamas, me tocó, se me eriza la piel. Estuve a un paso de la muerte.

—No lo creo, Sandy. Si la bestia, o lo que sea, hubiera querido matarte, lo habría hecho. Parece ser que, contigo, sólo quería jugar. Con Francis debió ser distinto.

—Y tan distinto. No hay más que ver lo que hizo con los dos detectives que el teniente Magnusson envió para que vigilaran el lago.

Bert y Sandy observaron el Lago Negro.

En silencio.

Abrazados.

Pálidos...

Sus ojos parecían querer atravesar las aguas, llegar hasta el fondo del lago, descubrir a la poderosa criatura acuática que había dado muerte a Francis Dobkin y a la pareja de detectives.

No pudieron, claro.

Al monstruo del lago, en cambio, le resultaba sumamente sencillo contemplarlos a ellos debajo del agua.

Y eso hacía.

Muy quieto.

Como esperando el momento de salir del lago y dar buena cuenta del periodista y de la muchacha.

O de él, solamente...

* * *

El teniente Magnusson y el equipo de dragadores llegaron al Lago Negro tan sólo unos minutos después que Bert Rialson y Sandy Bellows, en un coche y una furgoneta, respectivamente.

Todos los hombres, seis en total, saltaron al suelo y contemplaron, profundamente impresionados, los cadáveres de Howard Lawson y Gordon Tully.

Jeff Magnusson, pálido, miró al periodista del Portland Express de forma interrogante.

—Bert... —musitó.

—Sandy y yo acabamos de llegar, teniente —informó Rialson—. No hemos tocado nada, todo está como lo encontramos.

—¿Quién o qué pudo...?

—La misma cosa que agarró por los pies a Francis Dobkin y lo hundió en el lago, creo que de eso no hay duda.

El teniente Magnusson posó la mirada en las serenas aguas del Lago Negro.

—¿Cosa...? —murmuró.

—Es evidente que no se trata de un ser humano, teniente. Los destrozados cuerpos de Howard y Gordon no dejan lugar a dudas. No murieron a manos de un hombre, sino de una bestia poderosa y desconocida que se desenvuelve igual en el lago que fuera de él. Un ser anfibio, dotado de pulmones y de branquias a la vez.

Las palabras del periodista produjeron sendos escalofríos a los seis hombres que le escuchaban.

Sin decir nada, el teniente Magnusson recogió del suelo los revólveres de Howard Lawson y Gordon Tully y revisó los cilindros.

—No les dio tiempo a disparar ni una sola vez —dijo, mirando a Bert Rialson—. ¿Cómo es posible?

—El ataque debió ser muy rápido. Por otra parte, el hecho de que Howard muriera delante de la tienda de campaña, y Gordon muy cerca del lago, hace suponer que éste vigilaba y aquél dormía en la tienda —adivinó el periodista—. Gordon lleva la chaqueta puesta, mientras que la de Howard está dentro de la tienda, doblada a modo de almohada.

Jeff Magnusson dio una cabezada de asentimiento.

—Sí, creo que tienes razón, Bert. Howard se fue a dormir y dejó solo a Gordon, quien es probable que también se durmiera, al no tener con quién hablar. Gordon se vio sorprendido por esa... cosa, y ya no le dio tiempo a utilizar su arma. Sus gritos despertaron a Howard, que salió de la tienda con el

revólver empuñado, pero sin tiempo ya para accionar el gatillo. La bestia anfibia, o lo que sea, saltó sobre él y lo destrozó —razonó muy acertadamente.

Bert Rialson miró hacia el lago.

—Debe seguir ahí, teniente.

—Si es así, la encontraremos y le daremos muerte, para que no asesine a nadie más —masculló Magnusson.

—¿Llevan fusiles de pesca submarina en la furgoneta, teniente?

—Desde luego.

—Que sus hombres se equipen, pues. Con ese tipo de armas, podrán dar caza a esa bestia asesina —recomendó el periodista.

* * *

Mientras los cinco dragadores se colocaban sus respectivos equipos de hombres-rana en el interior de la furgoneta, Bert Rialson y Jeff Magnusson tomaron unas mantas y cubrieron los cadáveres de Howard Lawson y Gordon Tully, observados por Sandy Bellows, cuyas mejillas no recobraban el color.

Los dragadores empezaron a descender de la furgoneta, totalmente equipados y convenientemente armados.

Uno de ellos cargaba con un bote hinchable.

Otro, con un motor de fuera borda.

Los cinco dragadores subieron al bote.

Uno de los hombres puso el motor en marcha y tomó la barra de dirección, guiando el bote hacia el centro del lago.

—¡No os alejéis mucho, en principio! ¡Y rastread el fondo por parejas, para que esa cosa no os pueda sorprender! —ordenó el teniente Magnusson.

Los dragadores asintieron con la Cabeza.

El tipo que manejaba el fuera borda paró el motor cuando el bote estuvo a unos quince metros de la orilla e indicó:

—Cuando queráis, muchachos.

Los otros cuatro hombres se colocaron adecuadamente las máscaras de buceo, mordieron la boquilla del tubo de respiración, abrieron las botellas de aire comprimido, y se lanzaron al agua, con los fusiles de pesca submarina en las manos y sendos cuchillos sujetos a sus piernas diestras.

Así comenzó la caza del monstruo del Lago Negro.

Una caza que iba a resultar mucho más larga y dramática de lo que el teniente Magnusson, Bert Rialson, Sandy Bellows, y los propios dragadores, sospechaban.

CAPITULO VII

Desde la orilla, Bert Rialson, Sandy Bellows y Jeff Magnusson vieron cómo cuatro de los dragadores se sumergían, mientras que el quinto hombre quedaba en el bote, vigilando a su alrededor con el fusil de pesca submarina presto a ser utilizado.

—Me hubiera gustado ir con ellos —murmuró el periodista del Portland Express.

—Yo no te hubiera dejado —dijo Magnusson.

—Lo sé —sonrió Bert—. Por eso no le dije nada, teniente.

—Cada cual tiene su trabajo, Bert. El tuyo es informar a la gente de las cosas que pasan, por medio del Portland Express; el de los dragadores, dragar el lago.

—Lo de hoy es algo más que un simple dragado, teniente, pues no sólo buscan el cuerpo de Francis Dobkin, sino a la bestia acuática que lo agarró de los pies y lo hundió en el lago.

—Cierto.

—Me pone nervioso no saber lo que está pasando ahí abajo, teniente, no puedo evitarlo.

—¿Y crees que a mí no, Bert?

—Sí, supongo que a usted también —suspiró el periodista, rodeando los hombros de Sandy Bellows, a quien preguntó—: ¿Y tú, Sandy? ¿No estás nerviosa?

—Terriblemente nerviosa, Bert —asintió la muchacha—. Y asustada, también. Temo por las vidas de esos hombres.

—Van armados con fusiles de pesca submarina, y un arponazo de ésos, hace mucha pupa, te lo aseguro.

Sandy lo miró.

—¿Me das un beso, Bert?

—¿Te ayudará eso a tranquilizarte? —preguntó el periodista, sonriendo.

—Seguro que sí —sonrió también la joven.

Bert la besó.

El teniente Magnusson, muy pendiente de lo que ocurría en el Lago Negro —de lo que pudiera ocurrir, más bien, porque todo seguía en calma—, ni se enteró de que el periodista y la muchacha se estaban besando.

Quien sí se enteró, por desgracia para Bert Rialson, fue Vanessa Heflin, que llegaba en aquel momento conduciendo su propio coche, un «Ford» rojo.

* * *

La bella novia del periodista del Portland Express se puso tan roja como su coche, al sorprenderle besando en los labios a una atractiva muchacha morena, cuyos hombros, además, rodeaba con su brazo.

Hizo sonar su claxon repetidamente, para llamar la atención de la pareja.

Bert Rialson y Sandy Bellows interrumpieron el beso y se volvieron hacia el coche de

Vanessa Heflin. También el teniente Magnusson giró la cabeza.

Al ver que se trataba del «Ford» rojo de su novia, el periodista dio un nervioso respingo y exclamó:

—¡Vanessa!

Sandy Bellows respingó también al oír el nombre de la novia del periodista.

—¿Qué hace aquí Vanessa, Bert...?

—¡No lo sé!

—¿Habrá visto cómo nos besábamos...?

—¡Me temo que sí!

—Oh, cuánto lo siento, Bert.

—¡Yo sí que voy a sentir, pero va a ser su mano en mi cara! —sospechó el periodista, y corrió hacia el «Ford» rojo, cuyo claxon seguía haciendo funcionar Vanessa.

Bert alcanzó el coche y se asomó por la ventanilla.

—Deja de armar ruido, ¿quieres?

Vanessa lo masticó con los ojos.

—He sido muy inoportuna, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—¡No te hagas el loco, Bert!

—Bueno, si te refieres al beso, déjame decirte que...

—¡Naturalmente que me refiero al beso! ¡Y no te dejo decir nada!

—No grites, Vanessa, te lo ruego.

—¡Gritaré todo lo que me dé la gana!

—Por favor, que los muertos merecen un respeto.

—¿Qué muertos? —respingó Vanessa.

—Los dos que están cubiertos con las mantas.

La joven palideció.

—¿De veras se trata de...?

El periodista asintió gravemente con la cabeza.

—Dios mío... —musitó Vanessa—. ¿Alguno de ellos es el amigo de la chica?

—No, el cuerpo de Francis todavía no ha aparecido. Los hombres-rana están dragando el lago. Sandy se encuentra muy nerviosa y asustada. Por eso la besé, Vanessa. Sólo pretendía darle ánimos, créeme.

La joven lo miró fijamente.

—¿Seguro que sólo pretendías eso, Bert?

—Te doy mi palabra.

Vanessa miró ahora a Sandy Bellows.

—Es una chica muy atractiva.

—Sí, no está mal —carraspeó Bert.

—Pero que nada mal.
—Vanessa, por favor. ¿Es que vas a dudar de mi palabra?
—No, Bert. Voy a creer que entre tú y ella no ha habido ni habrá nada. Porque no la habrá, ¿verdad? —la joven volvió a mirar con fijeza a su novio.
—Claro que no —sonrió el periodista—. Tú sabes que yo sólo puedo pensar en ti, Vanessa.
—Más te valdrá, porque si no te pondré un ojo negro de un puñetazo. Y yo no amenazo en vano, Bert.
Bert Rialson rió.
—Ya sé que no, cariño, ya sé que no. Vamos, sal del coche —indicó, abriendo la portezuela.
Vanessa Heflin, que lucía un ligero vestido mañanero, sencillo pero bonito, descendió del «Ford».
Bert la cogió de la mano y la llevó hacia la orilla del lago, preguntando:
—¿Por qué has venido, Vanessa?
—Quería verte, Bert. Y como me dijiste que ibas a estar aquí, en el Lago Negro...
—¿Te arrepientes de lo de anoche?
—Sí, un poco. Creo que fui demasiado dura contigo.
—Mi comportamiento tampoco fue muy correcto, que digamos.
—¿Lo reconoces, Bert?
—Sí. Por eso estoy deseando que volvamos a tratar el asunto, Vanessa.
El rostro de Vanessa Heflin se iluminó.
—¿De veras, Bert?
—Sí, créeme.
No pudieron hablar más de sus cosas, pues ya estaban en la orilla del lago, junto a Sandy Bellows y el teniente Magnusson.
El teniente y Vanessa ya se conocían, por lo que se limitaron a intercambiar un saludo. Acto seguido, Bert presentó a Sandy Bellows:
—Vanessa, ésta es Sandy, la amiga del desaparecido Francis.
Vanessa le tendió la mano.
—¿Cómo estás, Sandy?
—Bien. ¿Y tú, Vanessa? —sonrió Sandy, estrechando la diestra de la novia del periodista.
—Muy bien, gracias. Siento mucho lo de tu amigo, Sandy.
—Gracias. Bert fue muy amable conmigo, me ayudó mucho.
—A Bert le encanta ayudar a la gente. Especialmente, si se trata de una chica tan atractiva como tú, Sandy —aseguró Vanessa con algo de ironía.
El periodista supo captarla y emitió una tosecita.
Iba a decir algo, cuando el teniente Magnusson exclamó:
—¡Han encontrado el cuerpo de su amigo, Sandy!
Sandy, Bert y Vanessa miraron hacia el lago.
Era cierto.
Los cuatro hombres-rana acababan de volver a la superficie, y dos de ellos

estaban subiendo el cadáver de Francis Dobkin al bote, ayudados por el dragador que quedara en él.

Vanessa Heflin adivinó que Sandy Bellows sentía deseos de llorar y de abrazarse a alguien, y antes de que se abrazara a Bert Rialson, Vanessa la abrazó a ella, tiernamente, y dijo:

—Animo, Sandy. Tienes que ser fuerte.

Sandy quiso ser fuerte, pero no pudo, y sollozó sobre el hombro de Vanessa.

—Dios mío, es horrible...

En efecto, era horrible.

El cuerpo de Francis Dobkin estaba aún más destrozado que los de Howard Lawson y Gordon Tully.

Pecho, garganta, brazos, muslos...

En todos esos sitios se habían clavado con saña las poderosas garras del monstruo del Lago Negro, desgarrando la carne hasta el hueso, abriéndola espantosamente.

El dragador que se hallaba sobre el bote puso en funcionamiento el fuera borda y guió la pequeña embarcación hacia la orilla.

Los otros cuatro hombres-rana se agarraron al bote y se dejaron arrastrar por él.

El bote alcanzó la orilla.

Bert Rialson obligó a su novia a volver la cabeza.

—No miréis ninguna de las dos, Vanessa. Es demasiado horroroso —dijo, con ronca voz.

Los hombres-rana cargaron con el cadáver de Francis Dobkin y lo dejaron sobre la hierba, junto al de Gordon Tully.

El teniente Magnusson, demacrado, lo cubrió con una manta y preguntó roncamente:

—¿Habéis visto a esa cosa?

—Ni rastro de ella, todavía, teniente —respondió uno de los dragadores—. Aunque Henry asegura que... —miró al tipo que tenía a su derecha.

Magnusson también lo miró.

—¿Qué aseguras tú, Henry?

El llamado Henry se pasó el dorso de la mano por la boca, nerviosamente.

—Verá, teniente, yo...

—Habla sin temor, Henry. ¿Viste algo extraño, algo que te llamara la atención?

El tipo cabeceó.

—Sí, teniente.

—¿Qué viste, Henry?

—Por detrás de una roca, asomó la cabeza de un...

—¿De un qué, Henry?

—Bueno, la visión fue muy fugaz, porque la cabeza se ocultó en cuanto yo la descubrí, pero...

—¡Dilo de una vez, Henry, maldita sea! —gritó Jeff Magnusson, presa de los nervios.

—Me pareció la cabeza de un pez monstruoso, pero no debía de ser un pez, porque tenía orejas y nariz...

El teniente Magnusson abrió la boca como un idiota.

—¿Orejas y nariz...?

—Sí, teniente. Las orejas, pequeñas y puntiagudas, la nariz, grande y aplastada. En realidad, la cabeza era una mezcla de hombre y pez.

—¿Te das cuenta de que estás describiendo a un monstruo, Henry...?

El dragador bajó la cabeza.

—Sí, teniente. Por eso me resistía a describir lo que vi. Sé que es más propio de una historia de terror o ciencia-ficción, pero...

Bert Rialson intervino:

—¿Mirasteis detrás de esa roca, Henry?

—Sí, Leo y yo la rodeamos.

—¿Y...?

—No había nada.

Bert Rialson y el teniente Magnusson cambiaron una mirada.

Este último, casi un minuto después, se mesaba el cabello e indicaba:

—Reanudad la búsqueda, muchachos. Y, por favor, hacedlo con todos los sentidos alerta. Recordad que ese monstruoso ser descrito por Henry ha matado ya a tres hombres. No quiero más víctimas.

CAPITULO VIII

Los cinco hombres-rana volvieron a subir al bote.

El fuera borda entró en funcionamiento y el bote se adentró en el lago, parándose a unos veinticinco metros de la orilla, en esta ocasión.

Como la vez anterior, cuatro de los dragadores se sumergieron y el quinto quedó en el bote, vigilando.

Formando dos parejas, los cuatro hombres-rana reanudaron el rastreo del fondo del lago, hasta donde llegaba la luz del sol, iluminándolo suficientemente.

Como la otra vez, Henry y Leo iban juntos.

Vieron la roca de antes.

De pronto, la enorme cabeza del monstruo del Lago Negro asomó por un lado de la roca.

Henry dio un respingo y tocó el brazo de Leo.

No era necesario, pues, en esta ocasión, Leo también había visto al monstruo.

A diferencia de la vez anterior, el monstruo no se ocultó al verse descubierto por la pareja de hombres-rana, sino que siguió observándolos con sus grandes y redondos ojos de pez.

Henry reaccionó antes que Leo y disparó su fusil de pesca submarina.

El mortífero arpón partió veloz en busca de la cabezota del monstruo, pero éste, en un alarde de reflejos, se escondió tras la roca y burló el arpón.

Henry hizo girar rápidamente el carrete del fusil, para recuperar el arpón y cargar nuevamente el arma, pero el monstruo, que no era tonto, agarró el resistente hilo y tiró bruscamente de él.

El dragador, que no se esperaba aquello, vio cómo el fusil de pesca submarina escapaba de sus manos y desaparecía detrás de la gran roca que servía de protección al espeluznante ser.

Henry miró a Leo.

Este, sin dudarlo, se lanzó valientemente hacia la roca, con el fusil por delante.

Henry extrajo el cuchillo que llevaba en la pierna derecha y nadó también hacia la roca, para ayudar a su compañero a dar caza al terrible monstruo.

Leo alcanzó la roca y pasó al otro lado.

El alucinante ser le esperaba allí, pegado a la roca.

Leo disparó su fusil.

El monstruo se desplazó hacia su izquierda con asombrosa rapidez y el arpón chocó contra la dura roca.

Leo, consciente de que no tenía tiempo de recuperar el arpón y volver a cargar el fusil, se deshizo de éste y empuñó un cuchillo.

Atacó al monstruo, quien esquivó con sorprendente facilidad la cuchillada, respondiendo con un feroz zarpazo al brazo derecho del hombre-rana.

Leo perdió el cuchillo y casi toda la carne de su antebrazo, brutalmente arrancada por las terroríficas uñas del monstruoso ser.

En aquel momento llegó Henry, quien intentó hundir su cuchillo en la espalda del monstruo, pero éste le descubrió y se apartó con un veloz movimiento.

Henry sólo acuchilló el agua, intentó revolverse con toda rapidez, para atacar de nuevo al monstruo, pero el ataque de éste llegó antes, por desgracia para el bravo dragador, cuya espalda conoció el poder de las garras del monstruo del Lago Negro.

Botellas de aire comprimido, traje de buceo y gruesos jirones de carne ensangrentada abandonaron la ancha espalda de Henry, quien, a causa del dolor, se retorció en el agua.

Leo, impotente y al borde del desmayo, porque también él sufría espantosamente a causa de su desgarrado antebrazo, vio cómo el monstruo atacaba nuevamente a su compañero y lo hacía pedazos.

Desarmado y seriamente herido, Leo comprendió que lo único que podía hacer era tratar de alejarse del terrible monstruo, alcanzar la superficie y pedir ayuda.

¿Tendría fuerzas suficientes?

¿Se lo permitiría el monstruo?

En seguida se vio que ni lo uno ni lo otro, pues la pérdida de sangre y el insufrible dolor habían debilitado tanto al dragador, que apenas pudo alejarse un par de metros, y el monstruo le dio alcance inmediatamente.

* * *

El hombre-rana que vigilaba desde el bote descubrió la mancha oscura que se estaba formando en el agua, a unos diez o doce metros de él.

Adivinó que era sangre, y se preguntó si la estaría perdiendo el monstruoso ser que Henry aseguraba haber visto asomar por detrás de una roca, o alguno de sus compañeros.

El tipo, que se llamaba Matt, decidió averiguarlo por sí mismo.

Si la sangre era del monstruo, alcanzado por algún arpón, él ayudaría a rematarlo; si, por el contrario, era de alguno de sus compañeros, herido por el monstruo, acudiría en su auxilio.

Matt se arrojó al agua.

No tardó en descubrir al impresionante monstruo, despedazando a Leo, quien ya no se movía.

Estaba muerto.

Tan muerto como Henry, que yacía en el fondo del lago, igualmente despedazado.

Matt se lanzó hacia el monstruo.

Por suerte para el valiente dragador, el monstruo del Lago Negro, que ya le había descubierto, no quiso hacerle frente y emprendió una velocísima huida.

Matt le disparó el arpón, pero la distancia era ya mucha y no le alcanzó.

El monstruo desapareció.

Matt se dio cuenta entonces de que Archie y Bruce, los otros dos dragadores, habían descubierto también a los infortunados Henry y Leo, y ya se acercaban velozmente.

Por eso había huido el monstruo.

El también había descubierto, antes que Matt, la aparición de Archie y Bruce y consideró demasiado arriesgado hacer frente a tres hombres a la vez.

* * *

En la orilla, Bert Rialson, Vanessa Heflin, Sandy Bellows y el teniente Magnusson apenas respiraban.

Habían visto cómo Matt se lanzaba al agua y adivinaban que el dragador había descubierto algo, lo cual los mantenía a los cuatro en vilo.

—Bert... —musitó Vanessa, cogiéndole la mano.

El periodista se la apretó, pero no dijo nada.

Siguió tenso y con los ojos fijos en el lago, como Magnusson, Sandy y la propia Vanessa, esperando que los hombres-rana volviesen a la superficie.

Y volvieron, sólo que dos de ellos, muertos...

Matt, Archie y Bruce depositaron en el bote los destrozados cuerpos de Leo y Henry, subieron ellos después, y Matt puso el motor en marcha.

Vanessa, horrorizada, se abrazó a Bert, y Sandy, que también necesitaba abrazarse a alguien, por el mismo motivo, se abrazó al teniente Magnusson.

Este y Bert Rialson, igualmente horrorizados, no apartaban los ojos del bote, que seguía acercándose a la orilla.

Matt, Archie y Bruce se habían despojado de las máscaras de buceo. Los tres estaban pálidos, desencajados.

El bote tocó a la orilla.

Matt paró el motor y Archie y Bruce saltaron del bote.

Con el horror y la pena plasmados en sus amarmolados rostros, los tres cargaron con los cadáveres de sus dos compañeros y los pusieron sobre la hierba, pegados a los de Gordon Tully y Francis Dobkin, para poder cubrirlos con las mismas mantas que cubrían a estos últimos.

Lo hicieron en silencio, sin apenas levantar la vista del suelo.

El teniente Magnusson, que seguía teniendo entre sus brazos a Sandy Bellows, preguntó, con una voz que no parecía la suya, de tan oscura que sonó:

—¿Qué ha pasado?

Matt levantó la mirada.

—Henry tenía razón, teniente. Es un monstruo. Un monstruo verdaderamente aterrador. Mitad hombre y mitad pez. Se mueve con una rapidez asombrosa. Imposible alcanzarle. Henry y Leo lucharon con él, pero no pudieron vencerle. Cuando yo llegué, atraído por la mancha oscura que la

sangre formó en la superficie, ya los había matado a los dos. El monstruo, al verme, huyó con la velocidad de un delfín. Le disparé, pero no le di. Archie y Bruce llegaron a tiempo de ver cómo escapaba.

—Es cierto, teniente —asintió el llamado Archie—. Es como Matt lo ha descrito. Una mezcla de hombre y pez. Un auténtico monstruo.

Vanessa Heflin se abrazó más apretadamente a Bert Rialson.

—Estoy aterrada, Bert.

El periodista le acarició el dorado cabello.

—No debiste venir, Vanessa.

—Tú tampoco.

—Soy periodista.

—Y yo soy tu novia y no quiero perderte, así que vámonos.

—No puedo abandonar el Lago Negro, Vanessa.

—¡Hay un horrible monstruo en él, Bert! ¡Y ya ha matado a cinco hombres! ¿Es que quieres que te mate a ti también?

El periodista le tomó suavemente el rostro y la besó en los labios, con ternura.

—Regresa a Portland, cariño. Cuando esto haya acabado, me reuniré contigo. Y tendré cuidado, te lo prometo.

—¡Yo no me voy de aquí sin ti!

—Vanessa...

—¡Que no, Bert! Si tú te quedas, yo también.

CAPITULO IX

Bert Rialson insistió, pero no logró convencer a Vanessa Heflin.

Tampoco Sandy Bellows quiso abandonar el Lago Negro, a pesar de lo asustada que estaba.

El teniente Magnusson envió a Matt a Portland, en busca de refuerzos, pues consideraba que tres hombres eran pocos para dar caza a un monstruo tan peligroso como aquél.

Mientras esperaban el regreso de Matt y los refuerzos, el teniente Magnusson, Bert Rialson, Archie y Bruce, no dejaban de vigilar el lago.

Sin que el periodista del Portland Express se lo pidiera, Jeff Magnusson le entregó un rifle diciendo:

—Toma esto, Bert. Espero que no tengas necesidad de usarlo, pero...

—Gracias, teniente —sonrió ligeramente Rialson—. Si el monstruo asoma la cabeza, prometo volársela de un balazo.

—¿Tienes buena puntería, Bert? —preguntó Sandy Bellows.

—¿Que si tengo buena puntería...? ¡Soy infalible, Sandy! Donde pongo el ojo, pongo la bala.

—¿Bromea, Vanessa?

—No lo sé, Sandy. Yo nunca le he visto disparar... —sonrió la novia del periodista.

—Cuando estuve en el Ejército, era la envidia de mis compañeros, podéis creerme. En las prácticas de tiro, siempre quedaba el primero —aseguró el periodista.

—¿De la cabeza o de la cola? —preguntó Magnusson, socarrón.

Bert le hizo una cara fea.

—Muy gracioso, teniente.

El teniente Magnusson y el propio Bert Rialson prestaron nuevamente atención al lago.

Vanessa Heflin y Sandy Bellows se sentaron en la hierba, a unos cuantos metros de ellos.

—Lamento que, por ayudarme a mí, Bert se retrasara tanto anoche, Vanessa —dijo Sandy.

—Olvídalo —sonrió la novia del periodista.

—Bert me dijo que discutisteis.

—Sí, pero no fue por eso.

—Lo sé.

—¿Que lo sabes...? —se sorprendió Vanessa.

—Me lo contó esta mañana.

—Qué confianza.

—No te enfades, Vanessa.

—¿Quién se enfada?

—Cuando Bert vino por mí, para traerme al Lago Negro en su coche,

parecía muy preocupado. Yo te pregunté y él... De algo teníamos que hablar, por el camino.

—Claro.

—Bert te quiere, Vanessa.

—Yo también le quiero, pero le eché de mi apartamento. Ya sabes por qué, Sandy. Porque no quiere casarse conmigo.

—Se casará, Vanessa.

—¿Te lo dijo él?

—Sí.

—¿Te dijo también dentro de cuántos años?

—No seas irónica, Vanessa.

—¿Quién ironiza?

—Te apuesto lo que quieras a que Bert y tú estáis casados antes de quince días.

Vanessa Heflin sonrió.

—Bueno, la verdad es que, cuando llegué al lago, Bert me confesó que está deseando tratar de nuevo el asunto.

—¿Lo ves? —sonrió a su vez Sandy.

—Pero no sé si lo dijo en serio o sólo para que se me pasara el enfado. Como le pillé besándote...

Sandy Bellows se mordió el labio inferior.

—Fue culpa mía, Vanessa.

—¿De veras?

—Sí, yo le pedí que me besara. Me hallaba tan asustada, que...

—Eso me dijo Bert.

—Es la verdad, Vanessa.

—Bueno, no tiene importancia. Total, por un beso... Porque sólo te dio uno, ¿verdad?

—Sí, solamente uno.

—¿Y anoche…?

Sandy se puso nerviosa.

—Bueno, anoche...

Vanessa arrugó el entrecejo.

—¿Te besó Bert anoche, Sandy?

—No, él a mí, no.

—Pero tú a él, sí, ¿eh?

—Sí.

—¿Nos tiramos del pelo ya, o lo dejamos para después? Sandy Bellows creyó que lo de tirarse del pelo iba en serio y se apresuró a aclarar:

—Fue sólo un beso de agradecimiento, Vanessa.

—¿Seguro?

—Se había portado tan bien conmigo... Incluso me acompañó a casa.

—¿Fue corto?

—¿El trayecto?

—¡El beso!

Sandy tosió.

—Oh, sí, muy corto. Apenas le rocé los labios.

—Vamos, que casi fue un beso al aire.

—Eso.

Vanessa sonrió.

—Debería tirarte de las orejas, pero no puedo. Me caes bien, Sandy.

—Tú a mí también, Vanessa. ¿Seremos amigas?

—Lo somos ya, Sandy; lo somos ya —respondió la novia del periodista, y la besó en la mejilla.

* * *

Matt regresó de Portland con doce hombres, instalados en dos furgonetas, en las que traían el material necesario para dar una gran batida al Lago Negro y acabar con el monstruo asesino que vivía en él.

Llegaron también tres ambulancias, cuyo personal se hizo cargo de los cadáveres de Howard Lawson, Gordon Tully, Francis Dobkin, Henry y Leo, regresando seguidamente a Portland.

Los hombres traídos por Matt se equiparon rápidamente y descendieron de las furgonetas.

Matt volvió a colocarse su equipo de hombre-rana y él, Archie y Bruce, junto con los otros doce hombres, se sumergieron en el lago después de recibir instrucciones del teniente Magnusson.

La gran batida del Lago Negro dio comienzo.

Los quince hombres-rana, distanciados entre sí, aunque no tanto como para no poder verse unos a otros, cubrían prácticamente todo el ancho del lago.

El monstruo no podía cruzar, sin ser visto, la línea que ellos formaban. Tendría que hacerles frente..., o abandonar el lago.

Si se decidía por esto último, el teniente Magnusson y Bert Rialson lo descubrirían y le dispararían con sus rifles, hasta acabar con él.

Vanessa Heflin y Sandy Bellows también vigilaban las orillas del lago, por aquello de que cuatro pares de ojos ven mejor que dos.

La gran batida continuó.

Lenta, pero eficazmente.

El monstruo no podía burlarla.

Y, como se trataba de un ser muy inteligente, optó por abandonar el lago.

Lo hizo por la orilla opuesta a la que permanecían el teniente Magnusson y Bert Rialson, para hallarse lo más lejos posible de sus riñes.

El periodista del Portland Express fue el primero en descubrirle.

—¡Allí está el monstruo, teniente! —gritó apuntándolo con el brazo.

—¡Fuego, Bert! —ordenó Magnusson, echándose el rifle a la cara.

El periodista hizo lo propio.

Se pusieron los dos a disparar frenéticamente, mientras Vanessa Heflin y

Sandy Bellows se abrazaban, aterrorizadas por el horripilante físico del monstruo del Lago Negro.

El inteligente ser se arrojó al suelo y se movió a cuatro patas por entre los árboles que circundaban el lago, para ofrecer un blanco mucho más difícil.

El teniente 'Magnusson y Bert Rialson lo perdieron de >vista.

El primero escupió una maldición.

—¡No le hemos dado, Bert! ¡La distancia es mucha!

—¡Vamos por él, teniente! ¡No podemos dejarle escapar!

Los dos hombres corrieron velozmente hacia la otra orilla del lago.

—¡Bert...! —chilló Vanessa Heflin.

—¡No os mováis de ahí, Vanessa! —ordenó el periodista, sin dejar de correr.

—¡Estoy muerta de pánico, Vanessa! —gimió Sandy Bellows, apretándose más a la novia de Bert.

—¡También yo, Sandy!

Jeff Magnusson y Bert Rialson alcanzaron la orilla opuesta del lago, pero no vieron al monstruo.

El periodista miró la hierba.

Por donde había pasado el monstruo, estaba mojada, todavía.

—¡Sigamos su rastro, teniente!

—¡Sí, de prisa!

Segundos después, Bert exclamaba:

—¡Parece que huyó hacia la orilla que nosotros ocupábamos, teniente!

—¡Y las chicas quedaron allí, solas e indefensas! —se estremeció Magnusson.

—¡Corramos, teniente! ¡Tenemos que llegar antes que él o las hará pedazos!

Bert Rialson y Jeff Magnusson corrieron como flechas hacia la orilla contraria, pidiendo al cielo que les permitiera alcanzarla antes que el monstruo del Lago Negro.

CAPITULO X

Lo que Bert Rialson y el teniente Magnusson pedían, era imposible, porque el monstruo del Lago Negro se hallaba ya en la orilla opuesta.

La había alcanzado en sólo unos cuantos de aquellos fantásticos saltos que él era capaz de dar.

Vanessa Heflin fue la primera en reparar en la presencia del escalofriante ser, y casi se desmaya de terror al verle.

—¡Sandy...! —chilló, sintiendo que la sangre se le convertía en agua mineral y los músculos de sus piernas en pura mantequilla.

Sandy Bellows se volvió y descubrió también al monstruo.

Estaba a menos de cinco metros de ellas.

Erguido.

Quieto.

Mirándolas con sus horribles ojos de pez.

Sandy Bellows dio un grito y se desplomó, tan pesadamente, que Vanessa Heflin no pudo sostenerla y su cuerpo se estrelló contra la hierba.

—¡Sandy! —gritó Vanessa, agachándose para levantarla.

No pudo hacerlo.

El monstruo dio un gran salto y se plantó menos de un metro de la desvanecida Sandy.

Vanessa chilló al tiempo que retrocedía con rapidez.

Pensó que el monstruo iba a atacarla, pero no fue así.

El horroroso ser se inclinó, cargó con el inerte cuerpo de Sandy Bellows, y huyó por entre los árboles, dando unos saltos enormes.

—¡Sandy...! —gritó Vanessa, pálida como un cadáver.

Las piernas se le doblaron y cayó de rodillas sobre la hierba, al borde del desmayo.

Y quizá se hubiera desmayado, de no ser porque en aquel preciso momento llegaron Bert Rialson y el teniente Magnusson.

—¡Vanessa!

—¡Bert!

—¿Te encuentras bien?

—¡Sí!

—¿Dónde está Sandy?

—¡El monstruo se la llevó!

—¿Que se la llevó...? —exclamó Jeff Magnusson.

—¡Sí, teniente! ¡La tomó en brazos y huyó por allí! ¡Sandy se había desmayado! ¡No pude hacer nada por ayudarla! ¡Oh, Bert, Bert! ¡Fue horrible! ¡Pensé que el monstruo iba a destrozarnos a las dos!

Bert Rialson abrazó con fuerza a su novia.

—Cálmate, Vanessa. Es evidente que el monstruo no quiere hacer daño a las mujeres. Anoche pudo destrozar a Sandy, lo mismo que destrozó a

Francis, pero se limitó a tocarle las piernas. Y, hace un momento, pudo mataros a las dos. En vez de eso, sin embargo, se llevó a Sandy. Estoy seguro de que no la lastimará.

—Tenemos que encontrarla, Bert —dijo el teniente Magnusson.

—Sí, claro. Vamos en su busca, teniente. Tú vendrás con nosotros, Vanessa. No quiero dejarte sola.

—De prisa, Bert —apremió Magnusson.

Corrieron los tres en la misma dirección que tomara el monstruo del Lago Negro.

En esta ocasión, sin embargo, seguir su rastro iba a ser mucho más difícil, pues los pies del monstruo ya estaban secos y no mojaban la hierba que pisaban, como antes.

El teniente Magnusson, Bert Rialson y Vanessa Heflin recorrieron los alrededores del Lago Negro, pero no pudieron dar con Sandy Bellows ni con el monstruo.

* * *

Los quince hombres-rana, concluida la gran batida del lago, regresaron a la orilla e informaron al teniente Magnusson de que no habían hallado al monstruo.

Jeff Magnusson les informó a su vez de que el monstruo había abandonado el lago a los pocos minutos de que ellos iniciaran la batida, por la orilla opuesta, y que él y Bert Rialson habían tratado, inútilmente, de darle caza.

Les dijo también que el monstruo se había llevado a Sandy Bellows, y que no conseguían dar con ninguno de los dos.

Había que seguir buscándolos.

Tal vez ahora, al ser muchos más, el monstruo no pudiera burlarles y diesen con él y la muchacha.

Los hombres-rana se despojaron de sus máscaras de buceo, de las botellas de aire comprimido y de las aletas natatorias, y se lanzaron a la búsqueda del monstruo y de Sandy

Bellows por los alrededores del lago, empuñando todos sus fusiles de pesca submarina.

Dieron varias batidas, pero el monstruo y la muchacha no aparecieron.

—Se diría que se los ha tragado la tierra —rezongó el teniente Magnusson, desalentado.

—¿No habrá vuelto el monstruo al lago, teniente? —preguntó Matt.

—¿Con la muchacha...?

—Claro.

—Ella no puede respirar bajo el agua, Matt. Moriría ahogada.

—Ya lo sé. Pero, como ni ella ni el monstruo aparecen...

Bert Rialson intervino:

—Yo no creo que el monstruo haya vuelto al lago, teniente. El debe de

saber que la muchacha perecería, y muerta no le serviría de nada. La quiere viva. Por eso se la llevó. Debe de tener algún escondrijo cerca. Allí la llevó. Debemos ampliar el área de la batida.

El teniente Magnusson estuvo de acuerdo y reanudaron la búsqueda, batiendo una zona mucho más extensa.

El resultado, sin embargo, fue igualmente negativo, pues no hallaron ni rastro del monstruo y de Sandy Bellows.

Totalmente exhaustos, regresaron al lago para comer algo y descansar un rato.

* * *

Bert Rialson se llevó la taza de café a los labios y bebió un trago, los ojos fijos en las serenas aguas del Lago Negro.

—¿Por qué, cuándo y cómo se formó ese horrible monstruo? —se preguntó en voz alta.

—Por qué y cómo es un misterio —dijo el teniente Magnusson—. Cuándo, ya es más fácil de adivinar. No puede hacer mucho, porque, hasta anoche, no había ocurrido nada extraño en el Lago Negro. El propio Francis Dobkin, según dijo Sandy, solía venir de vez en cuando por aquí, siempre acompañado de alguna chica, y se bañaban en el lago... Si el monstruo hubiese existido ya, les habría atacado, como hizo anoche. A Francis, al menos, si es cierto que no quiere causar ningún daño a las mujeres.

—Estoy de acuerdo con usted, teniente Magnusson —opinó Vanessa Heflin—. El monstruo lleva poco tiempo en el Lago Negro. Tal vez sólo unos días. Con ese aspecto, al menos. Quizá antes era un pez normal y corriente, y algo hizo que se deformara y se tornara gigantesco. O puede que naciera ya deforme...

—Habría que ser científico para tratar de explicar, con un poco de lógica, el origen de...

—¡Científico! —repitió Bert Rialson, respingando.

El teniente Magnusson y Vanessa Heflin lo miraron, extrañados.

El primero preguntó:

—¿Ocurre algo, Bert?

—¡Yo conozco a un científico, teniente!

—¿De veras!

—¡Sí, el profesor Morley! ¡Edward Morley! ¡Le hice una entrevista para mi periódico hace algún tiempo! ¡Y vive a unos veinte kilómetros de aquí, solamente!

—¿En serio...?

—¡Lo recuerdo perfectamente, teniente! ¿No cree que sería interesante informar al profesor Morley de lo que ocurre, para que nos dé su opinión?

—Muy interesante, desde luego —cabeceó Magnusson.

—¡Iré por él! —dijo el periodista poniéndose en pie.

Vanessa se irguió también.

—¡Voy contigo, Bert!

—De acuerdo, vamos.

Corrieron los dos hacia el «Dodge» de Bert Rialson, subieron a él, y el periodista del Portland Express lo puso en marcha con rapidez.

* * *

Minutos después, Bert Rialson detenía su coche frente a la casa del profesor Morley.

Una casa grande y antigua, de dos plantas, con un amplio porche.

El periodista y su novia descendieron del «Dodge» y subieron al porche.

Bert hizo sonar el timbre.

Pasó un minuto.

Dos...

Nadie acudía a abrir.

—Me temo que hemos hecho el viaje en vano, Bert.

—¿Por qué dices eso?

—Bueno, parece que el profesor Morley no está en casa...

—Claro que está —sonrió el periodista.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque nunca sale de casa.

—¿Y por qué no acude a abrir?

—Debe de estar en su laboratorio. Lo tiene montado en el sótano.

—¿Vive solo?

—No, con su ayudante. Se llama Nat, y es un tipo bastante feo. Te lo digo para que no te asustes, si nos abre él.

—¿Tan horrible es...?

—Bueno, si lo comparamos con el monstruo del Lago Negro, es guapísimo.

—Déjate de bromas, Bert.

En aquel momento se abrió la puerta, pero no fue el feo Nat quien tiró de ella, sino el propio profesor Morley, un hombrecillo de abundante y revuelto cabello plateado, que usaba gafas de gruesos lentes y se cubría con una bata blanca, salpicada de manchas de todos los colores.

Edward Morley, que contaba cincuenta y cinco años de edad, miró con cierta desconfianza al periodista y su novia.

—¿Qué desean...? —preguntó, sin abrir del todo la puerta.

Bert exhibió una sonrisa cordial.

—¿No se acuerda de mí, profesor Morley?

—Pues, en este momento...

—Soy Bert Rialson, el periodista que le entrevistó hace algún tiempo para el Portland Express. ¿Me recuerda ahora, profesor?

—Oh, sí, el periodista... —sonrió el científico—. Ya me acuerdo, joven.

Disculpe usted mi poca memoria, pero es que siempre ando distraído con mis experimentos y...

—Lo comprendo, profesor Morley.

—Pasen, pasen ustedes —invitó Edward Morley, acabando de abrir la puerta.

—Gracias, profesor.

Bert y Vanessa entraron en la casa.

El científico cerró la puerta y preguntó:

—¿Quiere hacerme otra entrevista, Burt?

—Bert, profesor —corrigió el periodista.

—Oh, sí, Bert —se golpeó la frente Edward Morley—. Cuando yo digo que me falla la memoria... —dejó oír una risita cascada.

—No tiene importancia, profesor. En cuanto a lo de una nueva entrevista, me encantaría hacérsela, pero no he venido a eso.

—¿A qué, entonces?

—Tengo que hablarle de un asunto muy serio, profesor Morley. Pero, antes, quisiera presentarle a mi novia. Se llama Vanessa.

La joven tendió su mano al científico.

—Es un placer conocerle, profesor Morley. Y un gran honor, también.

Edward Morley sonrió, halagado, y estrechó la suave mano de la novia del periodista.

—Es usted muy amable, señorita. Y muy bonita, también. Encantadora de verdad.

—Muchas gracias, profesor.

—¿Cuándo es la boda?

Vanessa miró a su novio y, socarronamente, dijo:

—¿Qué respondo, cariño?

Bert tosió nerviosamente.

—Muy pronto, profesor. La boda será muy pronto.

—Magnífico. Espero que me manden una invitación.

—Cuente con ella, profesor Morley.

—¿De veras desea asistir usted a nuestra boda, profesor...? —se extrañó Vanessa.

El científico rió.

—Me encantaría, créanme. Desgraciadamente, no podrá ser. Mi trabajo absorbe todo mi tiempo y no me permite salir de casa, Bert lo sabe. Dije lo de la invitación porque me gustaría enviarles un regalo.

—Oh, profesor Morley... —se emocionó Vanessa.

—No tiene por qué molestarse, profesor —dijo Bert.

—Al contrario, será un placer. Estoy muy contento de la entrevista que me hizo usted, Burt —volvió a confundirse el científico—, y quiero demostrárselo de alguna manera.

—Pero, profesor...

—Ni una palabra más, Burt. Está decidido.

—Bueno, pues le quedamos muy agradecidos, profesor Morley.

—Hábleme ya de ese asunto tan serio, Burt —siguió equivocándose el científico.

Bert Rialson fue directamente al grano:

—Se ha descubierto la existencia de un horrible monstruo en el Lago Negro, profesor.

CAPITULO XI

El profesor Morley palideció visiblemente.

—¿Un monstruo...?

Bert Rialson asintió con la cabeza.

—Sí, profesor. Un monstruo enorme y sanguinario. Anoche mató a tres hombres, y esta mañana, a otros dos. Los destrozó literalmente a los cinco.

Edward Morley palideció más.

—Empiece desde el principio, Bert —rogó, acertando ahora con el nombre del periodista.

Bert Rialson se lo contó todo, interviniendo un par de veces Vanessa Heflin en el relato, precisamente cuando el periodista refería el rapto de Sandy Bellows por parte del monstruo del Lago Negro.

El científico quedó sin habla.

Bert preguntó:

—¿Querrá venir con nosotros al Lago Negro, profesor Morley? Al teniente Magnusson le interesa mucho conocer su opinión. Ya sé que es usted un hombre muy ocupado, pero...

Edward Morley movió la cabeza afirmativamente.

—Iré con ustedes, Bert.

—Se lo agradecemos mucho, profesor.

—Esperen aquí un momento. Vuelvo en seguida.

—De acuerdo, profesor.

El científico caminó hacia la puerta del fondo.

Por allí se bajaba a su laboratorio.

Edward Morley desapareció por ella.

Vanessa Heflin aprovechó la circunstancia de que el científico los dejara solos unos minutos para rodear el cuello de Bert Rialson con sus brazos y preguntar:

—¿Cuánto tiempo es para ti «muy pronto», Bert?

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber el periodista, posando sus manos en las firmes caderas de su novia.

—Por lo de la boda.

—¿Qué boda?

—¿A qué te araño?

Bert rió.

—Prefiero que me des un beso.

—Te lo daré si tú me das una fecha.

—¿Una fecha para qué?

—Para nuestra boda.

—¿Crees que estamos en el lugar adecuado para fijar la fecha de nuestra boda?

—Ya sé que tú prefieres hablar del asunto en mi cama, después de...

—O antes de eso, ya no me importa.

—¿De veras, Bert?

—Bueno, la verdad es que yo preferiría que fuera después, pero si tú te empeñas en que sea antes...

—Lo mismo me da.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Pues, anoche...

—Estoy arrepentida, ya te lo dije. No debí echarte de mi apartamento. Ni negarte mi cama. Te quiero tanto...

—Yo a ti aún te quiero más —aseguró Bert, y besó los deliciosos labios de su novia, cuyo esbelto cuerpo estrechó vigorosamente.

Vanessa se entregó de lleno a la caricia.

Enfrascados los dos en el beso, no vieron que por la puerta del fondo, la que conducía al laboratorio del profesor Morley, salía alguien.

No, no era el científico.

Tampoco Nat, su feo ayudante..

¡Era el monstruo del Lago Negro...!

* * *

El espantoso ser se detuvo y observó a Bert Rialson y Vanessa Heflin, que seguían besándose apasionadamente, sin sospechar lo cerca que estaban de la muerte.

Por fortuna, el periodista del Portland Express se acordó del profesor Morley y, para evitar que el científico les sorprendiese con las bocas fundidas, retiró la suya y dijo:

—Es maravilloso besar tus jugosos labios, nena, pero...

—¡Bert...! —chilló de pronto Vanessa, porque acababa de descubrir al monstruo del Lago Negro.

Bert Rialson giró la cabeza y descubrió también al horroroso ser.

—No es posible... —musitó, con gesto de incredulidad.

Se resistía a admitir que el monstruo del Lago Negro estuviese allí, en la casa del profesor Morley, en la misma puerta de su laboratorio.

¿Acaso el científico tendría algo que ver con...?

La pregunta que se hacía el periodista tuvo una clara respuesta con la súbita aparición de Edward Morley, quien, con cara de loco, gritó:

—¡Atácale, Nat! ¡Acaba con él!

* * *

Bert Rialson lo comprendió todo inmediatamente.

¡El monstruo del Lago Negro era Nat Yorkin, el ayudante del profesor Morley!

¡El científico debió de realizar alguno de sus raros experimentos con él y lo

convirtió en un monstruoso hombre-pez!

¡En una bestia asesina!

¡Y la bestia se disponía a matar de nuevo!

¡Edward Morley se lo había ordenado!

¡Quería que acabase con él, que lo destrozase con sus temibles garras, que lo devorase con sus feroces dientes!

El monstruo avanzaba ya hacia Bert Rialson y Vanessa Heflin.

Lentamente.

Como muy seguro de que podía hacer pedazos al periodista en cuanto se decidiese a saltar sobre él.

Bert y Vanessa retrocedieron.

Estaban muy cerca de la puerta.

Abrirla, salir corriendo de la casa, introducirse en el coche y ponerlo en marcha, les llevaría algunos segundos.

¿Se los concedería el monstruo...?

Bert sospechaba que no, que caería sobre ellos mucho antes, gracias a su sorprendente agilidad.

Por otra parte, estaba Sandy Bellows.

Bert no tenía la menor duda de que la joven se encontraba allí, en aquella casa, prisionera del profesor Morley y de su horrible monstruo, y a saber lo que aquel científico loco pensaba hacer con ella.

¿O lo habría hecho ya...?

En cualquier caso, Bert Rialson no quería huir sin la infortunada muchacha..

Tenía que hacer frente al monstruo.

Pero, ¿cómo?

¿Con qué?

Si hubiera traído el rifle consigo...

Con las prisas, lo había dejado olvidado en el lago.

Un olvido que ahora le podía costar la vida.

El monstruo seguía acercándose.

Bert y Vanessa toparon con la puerta.

De pronto, los ojos del periodista se posaron en la enorme hacha medieval que pendía de la pared de la izquierda, a modo de adorno.

Bert dio un respingo de alegría.

¡Ya tenía con qué hacer frente al monstruo!

¡Y con ciertas garantías de éxito!

Sin dudarlo un segundo, se soltó de Vanessa y corrió hacia allí.

—¡Bert...! —gritó la joven, aterrada.

El periodista se plantó de un salto en el sofá que había debajo del hacha medieval y tomó velozmente la pesada arma.

—¡Cuidado, Nat! —gritó el profesor Morley, al ver que el periodista empuñaba la temible hacha.

El monstruo se detuvo.

Como esperando el ataque de Bert Rialson, pero éste no cometió ese error.

Que atacase el monstruo.

Bert consideraba que su posición, sobre el sofá y con la pared protegiéndole las espaldas, era muy ventajosa, y no estaba dispuesto a abandonarla.

En cuanto el monstruo se acercase...

Bert, con el hacha en alto, esperó a que el horriblemente cambiado Nat Yorkin se decidiese a atacarle.

Y éste, por fin, se decidió.

Fue un ataque relampagueante, que hizo chillar agudamente a Vanessa Heflin.

El monstruo se plantó delante del sofá de un fantástico salto y le soltó un feroz zarpazo al periodista.

Afortunadamente, Bert Rialson también estaba dotado de una agilidad poco común, y esquivó la garra del monstruo desplazándose muy oportunamente hacia su izquierda, al tiempo que descargaba el hacha medieval con todas sus fuerzas sobre la enorme y horrorosa cabeza que ahora tenía el ayudante del profesor Morley.

El duro filo del hacha se abrió paso, destrozando huesos y tejidos, y prácticamente partió en dos la cabezota del monstruo, de la que brotó un auténtico surtidor de sangre, que lo salpicó todo.

—¡Nat...! —chilló Edward Morley.

Pero Nat Yorkin ya no podía oírle.

Acababa de derrumbarse.

Y aun antes de que su horrible cuerpo tocase el suelo, ya estaba muerto.

CAPITULO XII

No sólo los ojos del profesor Morley estaban clavados en el cadáver del monstruo, sino también los de Bert Rialson y Vanessa Heflin.

Y es que estaba ocurriendo algo sorprendente.

Con la muerte, la droga suministrada por el trastornado científico a su ayudante, y que convirtió a éste en un monstruoso hombre-pez, dejó de causar efecto, y Nat Yorkin, poco a poco, fue recobrando su aspecto normal.

Un par de minutos después, en el suelo, sobre el gran charco de sangre, no yacía el cadáver del horrible monstruo, sino el cuerpo desnudo de un hombre alto y delgado.

Bert Rialson y Vanessa Heflin se estremecieron profundamente, pues resultaba mucho más impresionante el ver a un hombre con la cabeza abierta como una sandía que al monstruo.

El periodista, todavía sobre el sofá, con el hacha medieval en las manos, ahora manchada de sangre, miró a Edward Morley con dureza.

—Usted es el responsable de todo, profesor Morley.

El científico le miró a su vez, con intenso odio.

—¡Maldito periodista! ¡Te arrepentirás de esto, te lo juro! ¡Y tu novia también! ¡Los dos pagaréis la muerte de mi fiel ayudante! ¡Yo le vengaré!

—Está usted loco, profesor. Lo que hizo con su ayudante...

—¡Fue un experimento genial!

—Fue una monstruosidad.

—¡Qué sabrás tú, estúpido! ¡Eres un vulgar periodista, no un científico!

—Pero estoy cuerdo y por eso le repito que...

—¡Yo no estoy loco! ¡Soy un genio de la Ciencia!

—Necesita urgentemente una camisa de fuerza, profesor Morley. Y yo me encargaré de que se la pongan.

—¡Cógeme si puedes, periodista! —rió de un modo anormal el científico y se introdujo corriendo en su laboratorio, cuya puerta cerró con rapidez.

Bert Rialson saltó del sofá, sin deshacerse del hacha, y corrió hacia la puerta del laboratorio de Edward Morley.

Vanessa Heflin corrió también hacia allí, gritando:

—¡No me dejes sola, Bert!

El periodista alcanzó la puerta del laboratorio y la destrozó con el hacha medieval, y lanzándose escaleras abajo.

Su novia hizo lo propio.

Al llegar abajo, descubrieron a Sandy Bellows.

Bert y Vanessa se quedaron parados, observando a la joven.

Se hallaba tendida sobre una alargada mesa, completamente desnuda. Sendas abrazaderas de cuero sujetaban sus manos y pies, y otras dos correas cercaban su cuello y su cintura.

Junto a la muchacha, apuntándole con un revólver la cabeza, se encontraba

el profesor Morley, quien ordenó:

—¡Arroja el hacha, periodista! ¡Arrójala inmediatamente o le vuelo la tapa de los sesos a la chica!

Bert no tuvo más remedio que obedecer, pues sabía que el científico no dudaría en cumplir su amenaza.

Vanessa se agarró a su brazo, asustada de ver que el profesor Morley dominaba la situación.

—Bert... —musitó.

El periodista tenía los maxilares fuertemente apretados y miraba a Sandy Bellows, cuyos ojos expresaban una angustia y un terror infinitos.

El profesor Morley ordenó:

—¡Caminad hacia aquella jaula, entrad en ella y tendeos en el suelo, boca abajo!

Bert y Vanessa obedecieron.

La jaula, metálica, tenía unos dos metros de ancha por otros tantos de alta.

Cuando Edward Morley vio que el periodista y su novia estaban tendidos boca abajo en el piso de la jaula, se acercó a ésta y cerró la puerta, que sujetó con un grueso candado.

Entonces, rió e indicó:

—¡Ya podéis incorporaros, parejita!

Bert y Vanessa se pusieron lentamente en pie.

El profesor Morley se había retirado prudentemente de la jaula, para que el periodista no pudiera sorprenderle.

—¿No sentís complejo de monos? —preguntó burlonamente.

—Lo que siento es no tener su cuello al alcance de mis manos, maldito loco —masculló Bert.

El científico dio una furiosa patada en el suelo.

—¡No vuelvas a llamarme loco, periodista!

—Lo está, profesor. Loco perdido.

Edward Morley le apuntó al pecho con su revólver.

—¡Repítelo otra vez y te lleno el cuerpo de balas!

Bert Rialson guardó silencio.

La furia del científico fue remitiendo y el cañón del arma empezó a descender, hasta apuntar finalmente al suelo.

—Ha faltado un pelo para que apretara el gatillo, periodista. Si vuelves a llamarme loco, te mataré, te lo juro.

—¿Por qué hizo eso con su ayudante? ¿Por qué lo convirtió en...?

—Nat se sometió voluntariamente al experimento, yo no lo forcé.

—¿Sabía él que podía convertirse en un horrible monstruo?

—No lo convertí en un horrible monstruo, sino en un hombre-pez. De eso se trataba.

—Oh, vamos, profesor... El aspecto de Nat, tras el experimento, no podía ser más horroroso.

—Era una mezcla de hombre y de pez. A mí no me parecía en absoluto

horroroso. Sinceramente, me hallaba muy satisfecho del resultado de mi experimento.

—¿Y Nat? ¿También él se hallaba satisfecho de su nueva personalidad, profesor?

—¡Oh, sí! Mucho más que yo.

—Me resisto a creerlo.

—Porque no comprendes lo maravilloso que es poder vivir en el agua, moverte por ella como un pez. Nat podía hacerlo y se sentía muy feliz por ello. El Lago Negro era como un paraíso para él. Necesitaba, no obstante, una compañera para que su felicidad fuese completa. Y yo iba a proporcionársela... —Morley miró a la desnuda e indefensa Sandy Bellows.

Bert Rialson y Vanessa Heflin sintieron oleadas de frío.

Ahora comprendían la angustia y el terror que expresaban los ojos de Sandy Bellows.

¡El profesor Morley pensaba convertirla en una mujer-pez!

¡En otro horrible monstruo!

Edward Morley volvió a mirar al periodista y a su novia.

—Desgraciadamente, Nat ha muerto. Ya no podrá conocer el nuevo aspecto de la mujer que él mismo había elegido por compañera. Tú le privaste de esa dicha, periodista. Acabaste con su vida de un brutal hachazo. Partiste su cabeza en dos.

—Tenía que defenderme, profesor. Usted le había ordenado que me atacara. Me hubiera destrozado con sus garras si yo no...

—Eras un peligro para mí, Bert.

—¿Por qué? Yo no sospechaba que usted tuviera nada que ver con el Monstruo del Lago Negro.

—¿Seguro que no?

—Le doy mi palabra.

—¿Por qué viniste, entonces?

—Al teniente Magnusson le interesaba conocer su opinión, ya se lo dije.

—El teniente Magnusson... —repitió el científico, quedamente.

—Si no regresamos al Lago Negro, vendrá en nuestra busca.

—Tendré que pensar algo.

—Lo mejor es que se entregue, profesor Morley

El científico dilató los ojos.

—¿Que me entregue...?

—Sí, profesor. No puede seguir adelante con esto. Nat Yorkin ha muerto. Olvídese de sus experimentos y deje que los médicos le...

Edward Morley volvió a apuntar a Bert Rialson con su revólver.

—¿Que los médicos qué, periodista...? —preguntó con fiero gesto.

«Le examinen la cabeza», pensaba decir Bert, pero no se atrevió.

Sería tanto como llamar nuevamente loco al científico, y éste había jurado que le mataría si volvía a hacerlo.

Bert carraspeó y dijo:

—Nada, profesor. Olvídelo.
—¡No voy a entregarme, periodista! —rugió Morley.
—Entonces, tendrá que hacer frente al teniente Magnusson y sus hombres, porque es seguro que vendrán a esta casa.
—¡No, no vendrán! ¡Iré yo al Lago Negro!
—¿Usted...?
—¡Sí, ahora mismo!
—¿Y qué le dirá al teniente Magnusson cuando él pregunte por nosotros...?
Edward Morley sonrió.
—Se me acaba de ocurrir, periodista. Le diré al teniente Magnusson que, cuando nos dirigíamos los tres hacia el lago, descubrimos a Sandy Bellows tirada en el suelo, al pie de un árbol. Salimos del coche, para socorrerla. Entonces, surgió el horrible y sanguinario monstruo del Lago Negro. Yo vi cómo os dejaba a ti y a Vanessa sin sentido, de sendos golpes en la cabeza. Milagrosamente, yo conseguí subir al coche y ponerlo en marcha, librándome así de ser atrapado también por el monstruo. ¿Qué te parece la historia, muchacho...?
—No está mal.
El científico rió.
—Sabía que te gustaría, periodista.
—¿Y qué pasará después de esto?
—¿Que qué pasará...? Pues, que el teniente Magnusson y sus hombres os seguirán buscando a vosotros tres y al monstruo del Lago Negro por toda la zona, pero no os encontrarán, porque al teniente Magnusson no se le ocurrirá buscaros en mi casa.
—No sé qué decirle, profesor. El teniente Magnusson es un tipo muy inteligente.
Edward Morley volvió a reír.
—Tú tampoco eres tonto, Bert. Sin embargo, no sospechabas de mí. ¿Por qué iba a sospechar el teniente Magnusson?
—Porque es policía, y los policías parecen tener un sentido especial para descubrir a los mentirosos.
—Conmigo no le valdrá, periodista. Yo miento bien. Soy un excelente actor, además.
—Muy bien, supongamos que logra usted engañar al teniente Magnusson. ¿Qué será de nosotros?
—¿De ti y de tu novia...?
—Y de Sandy.
Edward Morley se aproximó a la alargada mesa y contempló de cerca el maravilloso cuerpo desnudo de Sandy Bellows.
—Iba a ser la compañera de Nat, una joven y sana mujer-pez...—dijo, con nostálgico gesto.
—Eso ya no es posible, profesor. Nat ha muerto —recordó Bert.
—Sí, ya lo sé. Ya no puede ser la compañera de Nat. Pero sí una joven y

sana mujer-pez. Y lo será.

La aterrorizada Sandy se agitó sobre la mesa.

—No, profesor Morley, se lo suplico. Máteme si quiere, pero no me convierta en un monstruo...

—¿Matar yo a una muchacha tan bonita y tan bien formada como tú...? —sonrió el científico, y comenzó a acariciarle el rostro, el cuello, los hombros, los senos...

No debía ser la primera vez que sus manos tocaban el cuerpo desnudo de Sandy Bellows, porque la joven no se removió ni le insultó, limitándose a decir:

—Prefiero la muerte a convertirme en una espantosa mujer-pez.

—Podrás vivir en el agua.

—No me gustaría.

—Ya verás cómo sí. Y, si quieres, te proporcionaré un compañero. Un joven y sano hombre-pez. ¿Te gustaría Bert Rialson, como compañero...? —sugirió Morley, mirando al periodista.

Sandy Bellows también lo miró.

Bert Rialson, rabioso porque el científico no dejaba de toquetear el cuerpo desnudo de la indefensa Sandy, rugió:

—¡Retire sus repugnantes manos del cuerpo de Sandy, viejo loco!

CAPITULO XIII

Sí.

Bert Rialson había vuelto a llamar loco a Edward Morley.

Lo soltó sin pensar en las consecuencias, llevado por su cólera.

Ahora, ya era tarde para rectificar.

Pronunciar la palabra «loco» había sido como firmar su sentencia de muerte.

Lo sabía Vanessa Heflin, lo sabía Sandy Bellows, y lo sabía el propio periodista del Portland Express.

Por si quedaba alguna duda, Edward Morley, con el rostro congestionado de ira, apuntó a Bert Rialson con su revólver y rugió:

—¡Se acabó, periodista!

En el preciso instante en que el dedo índice del científico se curvaba sobre el gatillo, para accionarlo, Sandy Bellows gritó:

—¡No lo mate, profesor Morley! ¡Quiero a Bert como compañero!

Edward Morley se frenó y la bala no llegó a salir por la boca del arma. Sin bajar la mano, ni retirar el dedo del gatillo, miró a la muchacha y preguntó:

—¿Has cambiado de idea; Sandy...?

—Sí, profesor.

—¿Quieres convertirte en una mujer-pez?

—Sí.

—¿Y que Bert Rialson sea tu compañero?

—Sí.

Edward Morley dio una cabezada de asentimiento y bajó lentamente el arma.

—Está bien, pequeña. Le perdonaré la vida al periodista y lo convertiré en hombre-pez, cuando tú ya seas mujer-pez.

—Gracias, profesor.

—En cuanto vuelva del Lago Negro, os inyectaré la droga, cuyos efectos son eternos. Sólo la muerte, o el antídoto que yo he creado, podrán devolveros a la normalidad. Procuraré volver lo antes posible —prometió el científico, y caminó rápidamente hacia la escalera, perdiéndose por ella.

* * *

Durante algunos minutos, Bert Rialson, Vanessa Heflin y Sandy Bellows no hablaron.

Los tres temían lo mismo: que Edward Morley no se hubiese marchado, que estuviese escondido en la escalera para escuchar lo que ellos dijesen.

Cuando por fin se convencieron de que el científico se había marchado de verdad, el periodista del Portland Express rompió el silencio, diciendo:

—Me salvaste la vida, Sandy.

—No podía dejar que el profesor Morley te matara, Bert.

—Ni yo que siguiera manoseándote, el muy cerdo.

—Ya lo había hecho antes.

—Puerco... —rezongó Vanessa Heflin.

—Si pudiéramos salir de esta maldita jaula... —masculló Bert, zarandeando la puerta.

—Inténtalo, Bert —pidió Sandy—. Tenemos que aprovechar la ausencia de ese loco. Si logra engañar al teniente Magnusson, y vuelve, estaremos perdidos. Me convertirá a mí en una mujer-pez y a ti, en un...

—No me lo recuerdes, Sandy —gruñó el periodista.

La joven se mordió los labios.

—A lo mejor te hice un flaco favor impidiendo que el profesor Morley disparase sobre ti, Bert.

—No digas eso, Sandy. Mientras hay vida, hay esperanza. Podemos escapar por nosotros mismos. O esperar que nos rescaten el teniente Magnusson y sus hombres, si no somos capaces de lo otro. Saldremos con bien de esto, ya verás.

—Dios te oiga, Bert.

—Ayúdame, Vanessa. Si zarandeamos los dos la puerta, tal vez consigamos soltarla.

—Intentémoslo, Bert.

El periodista y su novia agitaron violentamente la puerta de la jaula durante varios minutos seguidos, hasta agotarse, pero no lograron que cediera.

Vanessa se derrumbó, el rostro y los brazos brillantes de sudor.

—Es inútil, Bert —resolló.

Bert se dejó caer de rodillas, sudoroso y jadeante, también.

—Yo... yo creo que hemos logrado algo, Vanessa... —dijo, con escasa convicción.

—¿Lo dices para animarme?

—No, de veras que no. A mí me parece que la puerta ya no está tan fuerte. Unos cuantos minutos más de zarandeo y...

—Harían falta unas cuantas horas de zarandeo, Bert.

—¿No puedes ser un poco más optimista, Vanessa?

—Prefiero ser realista, Bert. La puerta no cederá, y tú lo sabes. Habría que poseer la fuerza de un rinoceronte para arrancarla.

—Bueno, imaginemos que somos una pareja de rinocerontes.

—No cabríamos en la jaula —sonrió Vanessa.

—¿Qué, probamos otra vez, rinocerontita mía?

—¿Tú te lo explicas, Sandy? —preguntó Vanessa.

—¿El qué?

—Que Bert tenga ganas de bromear, en la situación en que nos encontramos. Tú en peligro de convertirte en una mujer-pez, él en un hombre-pez, y yo en Dios sabe en qué.

Sandy Bellows sonrió.

—Tienes un novio muy alegre, Vanessa.
—Y muy sinvergüenza, también.
—¿Por qué dices eso?
—Porque no te quita el ojo de encima, el muy bribón.
—¡Eso no es verdad! —Protestó Bert—. A ver si te crees tú que Sandy es la primera mujer desnuda que veo.
—En todo caso, la segunda —sonrió pícaramente Vanessa.
—¡He visto más de cien, para que te enteres!
—¿A qué rompemos nuestras relaciones?
—¡Lo que tenemos que romper, es la puerta de la jaula! ¡Venga, volvamos con los zarandeos!
—Sí, rinocerontito mío —rió Vanessa, que no estaba en absoluto enfadada.
Sandy también rió.
Bert, contagiado, unió su risa a la de ellas.

* * *

Hacía ya casi una hora que el profesor Morley había abandonado su laboratorio.
Bert Rialson, Vanessa Heflin y Sandy Bellows ya no reían.
Los tres parecían haberse convencido de que la puerta de la jaula jamás saltaría.
Bert y Vanessa lo habían intentado con todas sus fuerzas repetidas veces, pero la puerta seguía casi tan fuerte como al principio.
El periodista y su novia, extenuados y con las manos despellejadas de tanto zarandear los barrotes de hierro, se habían dejado caer sobre el piso de la jaula.
Vanessa se lamió la mano derecha, que le escocía como un demonio y murmuró:
—No basta con imaginar que se es rinoceronte, Bert. Hay que serlo realmente para poseer su fuerza.
—Pues yo no desespero de arrancar esta condenada puerta, Vanessa —masculló el periodista, y empezó a golpearla con los pies.
Fue toda una serie de furiosas patadas.
Para poder golpear con más fuerza, Bert había descansado la espalda en el piso de la jaula, y en esa posición encogía y desplegaba las piernas una y otra vez.
Vanessa, animada por el vigor y la furia con que su novio se empleaba, se colocó como él y empezó a golpear también la puerta de la jaula con sus pies.
El vestido, lógicamente, se le fue para arriba.
Pero que muy para arriba.
Bert dio una ojeada a las torneadas piernas de su novia.
—Eso son un par de remos, y no lo que te dan cuando compras un bote hinchable.

—¿Te parece que es momento para piropos, Bert?

—Uno no es de piedra, cariño.

—Olvídate de mis piernas y préstale atención a la puerta de la jaula. ¿Crees que con esto cederá?

—Tiene que ceder. ¡Necesitamos que ceda! —dijo el periodista redoblando sus esfuerzos.

Sandy Bellows, nerviosa, gritó:

—¡Animo los dos! ¡Seguid golpeando con fuerza! ¡No desmayéis! ¡Estoy segura de que venceréis la resistencia de la puerta!

Bert Rialson y Vanessa Heflin le dieron de patadas hasta quedar exhaustos.

La puerta no se soltó, pero había cedido bastante.

Otra serie de furiosas patadas y...

Bert y Vanessa lo intentarían, en cuanto recobrasen las fuerzas.

Desgraciadamente, en el preciso momento en que se disponían a reanudar los golpes, regresó el profesor Morley, más alegre que unas castañuelas.

—¡El teniente Magnusson se tragó el cuento, periodista! —informó, frotándose las manos.

Huelga decir que a Bert Rialson, Vanessa Heflin y Sandy Bellows se les cayó el alma a los pies.

El chiflado de Edward Morley había vuelto y ellos tres seguían cautivos.

No podrían impedir que el trastornado científico llevase a cabo su propósito.

El profesor Morley convertiría a Sandy Bellows en un espantoso monstruo, y luego haría lo propio con Bert Rialson.

* * *

Edward Morley preparó una jeringa y la llenó de una sustancia verdosa.

Era la droga inventada por él, y que convertía a los seres humanos en horribles monstruos capaces de vivir tanto en el agua como fuera de ella.

Bert Rialson apretó rabiosamente los puños.

—¡Tenemos que impedirlo, Vanessa! —rugió pateando de nuevo la puerta de la jaula.

Vanessa Heflin le imitó, aunque temía la reacción del científico.

Podía empuñar su pistola y...

Pero no.

Edward Morley rió.

—¡Es inútil, periodista! ¡No conseguiréis escapar de la jaula! —aseguró, y se acercó a la indefensa Sandy Bellows, con la jeringa en las manos.

La joven sufrió un ataque de histeria y empezó a chillar como una loca, agitándose violentamente sobre la alargada mesa.

—Tranquila, pequeña. No vas a sentir ningún dolor —sonrió el científico, aproximando la aguja hipodérmica al cuello de la muchacha—. Dentro de unos minutos, serás una hermosa mujer-pez.

—¡No...! —chilló Sandy.

El cielo quiso que en aquel angustioso momento saltase la puerta de la jaula.

—¡Maldición! —rugió Edward Morley, viéndose obligado a aplazar la inoculación de la droga.

Dejó la jeringa sobre la mesa y se metió velozmente la mano en el bolsillo de su bata, sacando el revólver.

Bert Rialson ya había salido de la jaula y corría hacia el científico.

Morley le disparó.

Justo en ese instante, el periodista se arrojaba sobre el loco como una fiera, y no resultó alcanzado por la bala.

Bert derribó violentamente al científico, quien ya no tuvo ocasión de efectuar más disparos, pues el periodista, mucho más joven que él, lo dejó sin sentido de dos buenos puñetazos.

EPILOGO

Bert Rialson recogió el revólver de Edward Morley y se irguió, exhalando un hondo suspiro de alivio.

—Se acabó la pesadilla...

—¡Bert! —gritó Vanessa Heflin, corriendo hacia su novio.

El periodista la recibió entre sus brazos y la estrechó emocionadamente.

—Lo conseguimos, Vanessa. En el último segundo, pero lo conseguimos.

Ella quiso decir algo, pero las lágrimas le impidieron hablar.

Sandy Bellows también lloraba, relajada ya sobre la alargada mesa, los ojos cerrados, la cabeza ladeada.

Bert Rialson se separó nuevamente de su novia.

—Ocupémonos de Sandy, Vanessa.

—Sí, Bert, sí.

Entre los dos soltaron las abrazaderas de cuero y las correas que sujetaban a la muchacha, la cual se abrazó apretadamente a Vanessa tan pronto como estuvo libre, sin dejar de llorar.

Vanessa Heflin le acarició tiernamente el pelo.

—Tranquilízate, Sandy. Ya ha pasado todo. Estamos fuera de peligro. Vamos, deja de llorar, o tampoco yo dejaré de soltar lágrimas.

Bert Rialson cogió la ropa de Sandy Bellows y la dejó sobre la mesa.

—Que se vista, Vanessa. Yo, mientras tanto, ataré al profesor Morley.

Ayudada por Vanessa, Sandy se puso la ropa.

Como Bert ya había atado las manos del científico, a su espalda, cargó con él y se lo echó al hombro como si fuera una alfombra.

—En marcha, chicas —indicó con una sonrisa.

Abandonaron el sótano.

Nat Yorkin, el ayudante de Edward Morley, seguía tirado en el suelo sobre su propia sangre, desnudo y con la cabeza abierta.»

Bert, Vanessa y Sandy pasaron por su lado sin apenas mirarle, porque el espectáculo no podía ser más desagradable.

Salieron de la casa.

Bert depositó al inconsciente científico sobre el asiento trasero de su «Dodge», y él, Vanessa y Sandy se acomodaron delante.

El periodista puso el coche en movimiento.

Minutos después, se reunían con el teniente Magnusson y sus hombres, quienes seguían batiendo la zona.

Bert Rialson informó a Jeff Magnusson de todo.

El teniente se recriminó a sí mismo por haberse dejado engañar por el profesor Morley, pero como todo había acabado felizmente, sonrió y felicitó al periodista del Portland Express por haber dado muerte al monstruo y apresado a Edward Morley.

Bert indicó al teniente Magnusson dónde se hallaba exactamente la casa

del profesor Morley, para que sus hombres pudiesen hacerse cargo del cadáver de Nat Yorkin.

Después, él, Vanessa y Sandy abandonaron el Lago Negro.

Bert tenía prisa por llegar a Portland, sentarse ante su máquina de escribir, y plasmar en los folios todo lo ocurrido en el Lago Negro y en la casa del profesor Morley.

La historia sería publicada en exclusiva por el Portland Express aquella misma noche, en una edición especial.

Ya en Portland, Bert Rialson dejó a Vanessa Heflin y Sandy Bellows en el apartamento de la primera y él se dirigió rápidamente a la redacción de su periódico.

Un par de horas después, el periodista volvía al apartamento de su novia.

Sandy seguía allí, charlando con Vanessa.

Conversaron unos minutos los tres.

Luego, Sandy dijo que ya era hora de regresar a su apartamento y se marchó, dejando solos al periodista y su novia.

Bert abrazó a Vanessa y la besó en los labios.

—¿Lo discutimos, nena?

—¿El qué?

—Lo de la boda.

—¿En la cama?

—Claro.

—Pícaro.

—Así habíamos quedado, ¿no?

—Me parece que sí.

—Vamos, cariño.

Vanessa se dejó rodear la cintura y llevar hacia su dormitorio.

Una vez en él, entre tiernos besos y suaves caricias, Bert la despojó del vestido y la dejó en braguitas y sostén, tendiéndola seguidamente en la cama.

El periodista se lo quitó todo, menos el slip, y se tendió junto a su novia. Volvieron a besarse y acariciarse.

Bert manipuló el cierre del breve sujetador y, segundos después, los hermosos senos de Vanessa quedaban al descubierto. Los besó con verdadera adoración y preguntó:

—¿Fijamos la fecha antes o después?

—Como quieras.

—Si me das a elegir ya sabes que yo prefiero...

—Me parece que yo también —sonrió maliciosamente Vanessa, al tiempo que le revolvía el oscuro pelo.

Bert la besó con intensidad y sus caricias se tornaron ávidas, apremiantes.

Instantes después, hacían el amor.

Larga y apasionadamente, como siempre, porque los dos se entregaban al máximo en sus uniones íntimas.

Luego, hallándose todavía uno en brazos de otro, Vanessa Heflin preguntó:

—¿Cuándo será la boda, Bert?

—¿Qué boda?

—¡Bert...!

El periodista rió alegremente.

—Tranquila, nena, que sólo era una broma.

—¿Seguro...?

Bert la besó cálidamente y preguntó:

—¿Te parece bien el próximo sábado?

—¡Desde luego! Siempre que no te vuelvas atrás, claro.

—Yo soy un hombre de palabra, Vanessa.

—Y yo una mujer enamorada. Locamente enamorada, Bert —repuso ella, radiante de felicidad.

FIN